

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

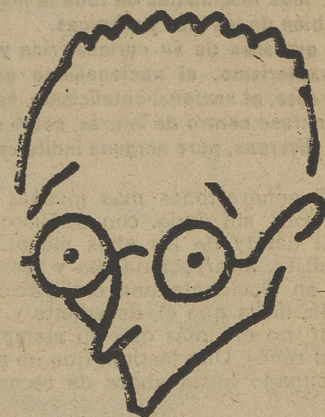
Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 16 de mayo
de 1981

ESTE NUMERO

Desde el año 1963 se viene celebrando en Galicia y las numerosas colonias de emigrantes todos los 17 de mayo el «Día das letras galegas». Fecha que fue elegida por ser la de publicación de los «Cantares gallegos», de Rosalía. **SÁBADO LITERARIO** no podía faltar a este homenaje a una de las lenguas hispánicas, máxime cuando la presente conmemoración ha sido dedicada por la Real Academia Gallega al recuerdo y estudio de Vicente Risco. Por ello, el presente número va en su mayor parte consagrado a este polifacético y controvertido escritor. Para la elaboración del mismo se ha contado con la inestimable ayuda del poeta y crítico, colaborador habitual de este suplemento, César Antonio Molina.

Escribe: Domingo
GARCIA-SABELL
Presidente de la Real
Academia Gallega



EL DIA DE LAS LETRAS GALLEGAS

TODO esto constituye el núcleo de la celebración. Ahora, y sin dejar de serlo, se le van añadiendo otros aspectos de nuestra realidad espiritual; por ejemplo, el de la lengua y sus diversos problemas. La fiesta tiene una gran expansión y en ella continúa. La Universidad de Santiago de Compostela, los institutos, escuelas normales, escuelas primarias, colegios, asociaciones culturales, etcétera, colaboran en el cometido. Puede decirse sin exageración alguna que toda Galicia, a través de los periódicos, la radio y la televisión, vibra de afanes de conocimiento y admiración en ese día.

La fecha —17 de mayo— viene marcada por la aparición del libro de Rosalía «Cantares gallegos» en 1963, editado por Compañel, en Vigo. «Cantares gallegos» señala el comienzo de una nueva etapa en el destino cultural de Galicia, y su importancia para nuestra lírica y para nuestra renovación espiritual ha sido decisiva. No es éste el lugar, claro está, ni la ocasión para analizar con detalle el alcance del ilustre libro.

Resulta curioso que el pueblo, que la colectividad gallega, responda de una manera tan unánime y entusiasta a esta anual convocatoria. Tanta y tanta gente como parece dar muestras de apatía y abandono en otras tareas comunitarias, por causas sumamente complejas y muy fáciles de discernir, resulta curioso, digo, que esa gente, todos nosotros, se reúna el 17 de mayo de cada año para comunicarse entre sí, para interesarse por sus glorias pasadas y para buscar un apoyo moral a los deseos, muchas veces oscuros, por recobrar la identidad perdida o, simplemente, escamoteada. La cultura de Galicia, la cultura formalizada en la propia lengua, conoció un periodo de silencio obligado durante casi cuarenta años. Sólo en las postrimerías de ese periodo pudo comenzar a afirmarse, siquiera al principio fuese en forma tímida y más o menos solapada.

El gran riesgo de aquella etapa estuvo en la posibilidad de que se quebrase la continuidad generacional. Entre los que aún habían vivido la presencia de la generación «Nós» —Castelao, Otero Pedrayo, Risco, Cuevillas, etcétera— y los que asomaron el rostro al mundo del espíritu en el ambiente de la posguerra, la diferencia era abismal. Los jóvenes —por la fuerza de la represión— lo desconocían

EL Día das Letras Galegas fue instituido por la Real Academia Gallega en 1963. Se trataba, y se trata, de honrar la memoria y estudiar la obra de una figura sobresaliente de la cultura de Galicia que haya realizado su labor valiéndose de la lengua de la comunidad. En el año inicial estuvo consagrada a Rosalía de Castro. A ella siguieron, hasta hoy, otras personalidades ilustres, desde Castelao o Cabanillas, hasta el poeta Manuel Antonio, renovador de nuestra lírica y muerto prematuramente, o Alfonso el Sabio y sus Cantigas de Santa María. En este año, la figura homenajeada es Vicente Risco, uno de los pilares de nuestro acervo cultural.

VICENTE RISCO

Vicente Risco nació en Orense (1884-1963). Su actividad poética es muy escasa y está dispersa en numerosas revistas de la época. Como dice Alonso Montero en su artículo, Risco fue un poeta vanguardista sin abandonar lo tradicional.

*Aun sollozan los días como antaño,
Cuando el alma paloma era perdida
Que iba perdiendo el gusto de la vida
En un cielo a sus avuelas feroz huracán
Cuidado delicioso y mal extraño,
Que en cada rama se pasó florido
Y encontró toda rosa desterrada,
Enferma de despego y desengaño.
¿Quién te dirá que fuiste arbol un día,
Que fuiste quiseñor y catóico
Y que paciste estrechas en la espeta?
Hoy vuelves con tus alas ya curadas,
De ritmos y metáforas prudentes,
Haciendo quines a la primavera.*
Vicente Risco

En la cubierta de
«Libro de las horas»

TAMBIEN POETA

todo. Por supuesto, no sabían quiénes habían sido, pongo por caso, ni Pondal, ni Castelao. Y semiciegos, por no decir ciegos del todo, circulaban por esta tierra de Galicia como por un desierto sin vida y sin alma. La fundación de la Editorial Galaxia en 1950 vino a mostrar lo que Galicia había sido y lo que podía aún llegar a ser. Y así sucedió.

Galicia cuenta hoy con un ambiente cultural importante. En lengua gallega se escriben ensayos, narraciones cortas, novelas, teatro, estudios históricos, sociológicos, etcétera, y ya son numerosas —y algunas, importantes— las editoriales autóctonas. Dicho de otro modo: se ha restablecido la continuidad generacional y hasta puede decirse que ha entrado en el juego dialéctico, siempre fecundo, de la contradicción y la puesta a punto dentro de la modernidad. Se trata, pues, de una cultura viva, en plena actividad creadora y, por eso mismo, suscitadora de valores auténticos. Y esto es lo más a que puede aspirar cualquier comunidad que posea perfil y bulto genuinos. Y esto es lo que conviene que se sepa fuera de Galicia, ya que fuera de Galicia, sobre todo en Madrid, nadie o casi nadie conoce con rigor lo nuestro.

Así es el significado profundo del Día das Letras Galegas. Por una parte, la toma de conciencia de la especificidad propia. El saberse pueblo en el más noble y serio sentido de la palabra pueblo. Y por otra, el percatarse de que jamás se llega a eso, a ser pueblo, si no existe un sustrato de creación espiritual que lo justifique. Que le otorgue razón de ser. La identidad de una agrupación humana no es un hecho caprichoso o gratuito. Es un hecho inevitable que brota de una necesidad interna. La Historia, las costumbres, la psicología, la tabla de valores a la que la comunidad sirve, o quizá fuera mejor decir, de la que la comunidad es vehículo fatal —con una fatalidad que la razón apenas puede prevenir— van formando, van informando a esa misma comunidad. La lengua materna es como la síntesis de fondo de todo ello. Galicia, con tantos vectores a su favor, va por el camino obligado y difícil de su autónoma realización cultural. Una realización que a ella la enriquece y, por ende, también enriquece al resto de España.

Tal es la estructura íntima del 17 de mayo de cada año en esta vieja y sabia tierra gallega.

Escribe

Xesús ALONSO MONTERO *

En ese bosque de páginas y de polifacencia el hurón de biblioteca puede encontrar un puñado de poemas, publicados entre 1918 y 1921, que ni los más eruditos mencionan. Está claro que el intelectual Vicente Risco, el escritor Vicente Risco, más que probar fortuna, se propuso conocer el instrumento artístico del verso desde dentro, desde la praxis. Son pocos según mis datos, los poemas posteriores a 1921, y, si es así, ello tal vez pruebe que, como experiencia intelectual, era suficiente, o que, si acariciaba otra pretensión, su sentido crítico le aconsejó que no debería esperar grandes resultados en el campo de la poesía.

Poeta de breve y corta obra, poeta sepultado por su propia prosa, fue la primera voz vanguardista en lengua gallega. Suele citarse el libro de Manuel Antonio «De catro a catro» (de 1928) como el libro más innovador de la poesía gallega

HACIA 1920, recién llegado al galleguismo, Vicente Risco, como hombre de letras, lo fue casi todo: etnógrafo, prehistoriador, arqueólogo, ensayista, glosador diario, teorizador político, incitador cultural, director de revistas, narrador, autor de teatro, historiador, crítico literario, comentarista de arte, conferenciante, tertulio magistral...

de entonces; pues bien, desde 1918, Risco escribía y publicaba poemas muy en la línea de la poética futurista y de los caligramas de Apollinaire. Es más: antes del manifiesto de Manuel Antonio y Alvaro Cebreiro —tan iconoclasta y no exento de exabruptos—, Vicente Risco, en una carta al primero de los firmantes, ya en fase pre-rebelde, lo informa, ordenada y detalladamente, de los ismos del momento y de sus revistas (cubismo, dadaísmo, ultraísmo...). La carta es del 15 de octubre de 1920 y el famoso manifiesto (titulado «Más allá: Más allá») es de junio de 1922. Conviene puntualizar que Risco, comprometido con la tarea de enriquecer lo gallego con voces y modos foráneos, escribe, al respecto, estas intelectuales cautelas: «Yo no soy partidario

de ninguna de estas escuelas. Hago poemas de éstos «pour l'Espagne et le Maroc» y los mando a la revista «Grecia» (...). Pero como es preciso que estemos enterados de todo, que no seamos ajenos al mundo de fuera, por eso me he dedicado a difundir estas cosas en nuestra tierra (...). Muy bien que queramos hacer cosas nuevas —siempre dentro de lo nuestro—, pero, cuando las hagamos, no sean como las hacen en Londres, ni en París, ni en otras partes, sino como no las hayan hecho aún en ninguna parte del mundo.»

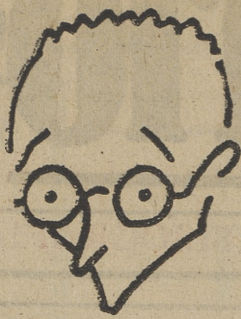
Buen conocedor de la poesía catalana renovadora, publicó en «A Nosa Terra» (número 128, 25-1920) un resumen en gallego del manifiesto de Salvat-Papasseit

«Contra els poetes amb minúscula», aparecido en catalán dos meses antes.

Así era Vicente Risco. Atento a las novedades, cauteloso y crítico con ellas, fue poeta vanguardista y contribuyó eficazmente a crear las condiciones para que en Galicia y en gallego apareciesen voces de vanguardia.

Precisemos ahora que no toda la producción poética de Risco es de hechura anti-tradicional. (Ilustramos esta nota, sobre una parcela desconocida del quehacer intelectual de Vicente Risco, con dos poemas: uno «futurista» y otro tradicional, un soneto de 1961 publicado en la cubierta de su «Libro de las horas». Es, para nosotros, su mejor poema.)

(*) Catedrático de Lengua y Literatura. Es uno de los intelectuales más relevantes del panorama gallego actual.



EL VICENTE RISCO DE TODOS

Escribe
Carlos CASARES*

Al dedicarle el Día das Letras de 1981 a Vicente Risco (1884-1963), la Real Academia Gallega ha puesto de actualidad a una de las figuras más fascinantes de toda la historia de Galicia.

También de las más polémicas.

Los avatares de su curiosa, rica y contradictoria biografía, que le llevaron del budismo al exoterismo, al nacionalismo gallego más radical, y de éste, al nacional-catolicismo, hacen de Risco un confuso centro de interés, sobre el que convergen miradas muy diversas, pero ninguna indiferente.

LAS generaciones más jóvenes se quedarán, sin duda, con el Risco juvenil. El dandy de los años mozos, místico y budista, antirracionalista y teósofo, que veía en Occidente una civilización moribunda, de la que él, decadente y fumador de kif, no era más que un ejemplo puesto del revés. Una lástima que no se hayan preocupado hasta ahora de recopilar sus

artículos del periódico «El Miño», de Orense, escritos entre 1909 y 1913, que firmaba con los seudónimos «Rujú Shaib» y «Polichinela».

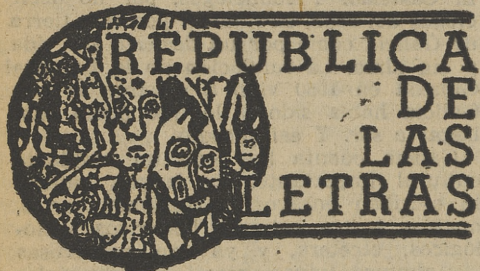
Para el galleguismo está el Risco de 1918-1936, periodo en el que realiza lo más importante, destacado y fecundo de su obra. Define teóricamente el nacionalismo, del que pronto se convierte en

«conselleiro supremo», funda y dirige la revista «Nós», crea la sección de etnología del semanario de «Estudos Galegos», escribe cientos de artículos y ensayos, y publica su obra literaria personal, cuyo exponente más cualificado es la novela satírica titulada «O porco de Pé», aparecida en 1928. Es el Vicente Risco al que miles de personas, durante cerca de veinte años, consideraron un líder y un maestro. Es también el Vicente Risco que supo crear escuela y al que le salieron no pocos discípulos, muchos de los cuales hoy continúan su obra.

¿Y de quién es el Risco posterior a 1936, el que deja prácticamente de escribir en gallego y que durante unos años se convierte en propagandista entusiasmado de la llamada España nacional? Parece que no le reclama nadie. No obs-

tante, anécdotas y peripecias políticas aparte, no es en el terreno intelectual y literario una figura desdeñable. Como periodista, queda de él la sección «Horas» del diario «La Región», espléndida de finura y madurez. El novelista dejó «La puerta de paja», injustamente olvidada, y dos novelas inéditas, ahora recién sacadas a luz: «Gamalandalfa» y «El niño de dos cabezas». Aún queda el etnógrafo y el etnólogo, que los especialistas sin duda conocerán. Pero queda igualmente un hombre bueno, sencillo, humilde, inteligente, idealista y muchas veces genial. Es el Vicente Risco de todos.

(*) Catedrático de Lengua y Literatura. Se ha dedicado al ensayismo sobre escritores gallegos y es uno de los novelistas más interesantes del presente.



TUSELL, FERRER Y AYALA EN EL CICLO SOBRE LA II REPUBLICA

Concluye el ciclo «Cincuentenario de la II República» en la Biblioteca Nacional. Sobre «El patrimonio artístico» habló Javier Tusell, director general de Bellas Artes. José Antonio Ferrer lo hizo, al día siguiente, sobre «La masonería». Y cerró



esta serie de conferencias Francisco Ayala, cuya disertación giró acerca de «La vida social». Con respecto a la primera, cabría subrayar las palabras de Tusell en las que puso de manifiesto que «la República se distinguió por una serie de medidas para evitar la exportación de obras de arte, por haber establecido un catálogo de monumentos y por haber declarado cerca de un millar de monumentos nacionales».

POETAS DEL INMEDIATO AYER Y DE HOY

DEL inmediato ayer es José Hierro, cuya presencia en el Aula de Poesía de la Fundación Universitaria Española —«Mi poética y mi poesía», llamábase su actuación— fue todo un acontecimiento. Lo presentó Antonio Porpetta, coordinador del Aula. Hierro sigue despertando el máximo interés y su poesía —casi ningún poema desde 1964, año del «Libro de las alucinaciones»— permanece viva y fresca, pese a los nuevos rumbos tomados por la lírica a partir de Gimferrer en «Arde el mar». Sobre estos nuevos rumbos están girando —aunque con menos asistencia que a la charla de Hierro— las Primeras Conversaciones sobre Joven Poesía, que han proseguido y concluido en la presente semana con una mesa redonda final. Especial interés tuvo, para mí, la ponencia de Jaime Siles —que también había leído su poesía la semana anterior acerca de «La receptividad de la joven poesía española»—. Otras actuaciones de estas Primeras Conversaciones sobre Joven Poesía, además de las señaladas aquí el sábado pasado, fueron las lecturas de Ana Rossetti —Blanca Andreu la había sustituido la anterior semana—, Antonio Quintana —otro cambio: éste con Fernando Delgado—, Jesús Munárriz y Mario Hernández. En conjunto, y pese a la escasa concurrencia pública, un balance muy positivo, a juzgar por la participación e intensidad de los coloquios. Todo ello, sabiamente coordinado por Antonio Bestard, quien me anticipó la continuidad de estas

Escribe Jacinto LOPEZ GORGE

Conversaciones para después del verano y en un lugar no tan inhóspito y frío. Otros poetas de generaciones o promociones intermedias entre Hierro y los novísimos que han ofrecido sus creaciones en estos días fueron Antonio Hernández, que leyó una selección de su obra en la Sala Cultural Puerta del Sol; Mariano Roldán, que en la Tertulia Hispanoamericana presentó por segunda vez su libro «Asamblea de máscaras», premio Ciudad de Melilla 1980, y Manuel Ríos Ruiz, que en Los Jueves de la Biblioteca Nacional, leyó el libro también premiado en el 80 con el Ciudad de Martorell, «Una inefable presencia», tras la presentación de Luis Jiménez Martos.

OTRAS CONFERENCIAS Y PRESENTACIONES

Quiero destacar dos de Pedro Laín Entralgo sobre «La amistad de Don Quijote y Sancho» en el Instituto de Cooperación Iberoamericana y sobre «Cinco fechas en la historia de nuestra cultura» con motivo de la presentación de su libro «Más de cien españoles» (editorial Planeta) en el Ateneo de Madrid. Dentro del ciclo del



centenario de Juan Ramón Jiménez, el poeta y catedrático de la Universidad Hispalense, Jorge Urrutia, dictó una bella lección sobre «La prosa de Juan Ramón» en el Círculo de Bellas Artes. «El exilio y sus consecuencias culturales» fue la conferencia del novelista Manuel Andújar en otro ciclo sobre «La cultura en la España contemporánea». Y Carlos Barral, José Esteban, Sánchez Dragó y Armas Marcelo, en la librería de Cristal, se ocuparon de la presentación de «Tantas veces, Pedro», de Alfredo Bryce Echenique, último volumen de Novela Catedral.

SEMANA-HOMENAJE A VICENTE GAOS

Por Paco Brines sé que en Valencia, a partir del lunes 18, va a rendirse homenaje al poeta Vicente Gaos, fallecido en 1980. Habrá, en la Lonja valenciana, una mesa redonda sobre «Vida y obra de Vicente Gaos», con Brines de moderador y la participación de José Albi, Enriqueta Ariño (viuda del poeta), Lola Gaos, Carlos Sahagún y Jenaro Talens. También conferencias de Jaime Siles («Vicente Gaos crítico literario»), José García Nieto («Vicente Gaos: la inteligencia, la poesía y la amistad»), Carlos Bousón («La poesía de Vicente Gaos») y José Hierro («Vicente Gaos en los años 40»). Además, un recital de la poesía de Gaos a cargo de Toni Mestre y Ampar Ferrer y el descubrimiento de una lápida en la casa donde vivía el poeta. Todo ello organizado por el Ayuntamiento de Valencia.



LA JUSTICIA POPULAR EN ESPAÑA, por Juan Antonio Alejandro.

Aparece con una gran oportunidad este estudio monográfico sobre el juicio por jurados en España, cuyo autor es el profesor de Historia del Derecho, en la Universidad Complutense, Juan Antonio Alejandro. Como aportación fundamental al estudio del tema, este libro examina la cuestión desde dos perspectivas: una doctrinal, con breves referencias a posibles antecedentes romanos y otra en que examina la corta historia de esta institución procesal en nuestro Derecho positivo. Esta segunda parte, a la que está dedicada la mayor parte del libro, arranca de los primeros planteamientos desde 1808 para llegar a la Constitución vigente y en ella se analiza la vida del jurado en la realidad española.

El punto central de la exposición es, naturalmente, la consecución de la ley del Jurado de 20 de abril de 1888. A partir de esa fecha se va analizando su aplicación. Dificultades incidentales y el período (1931-1939), en que se aduiera el fin principal de la institución.

Cierra con el análisis del jurado de la Constitución de 1976 y con una pregunta sobre la posibilidad de una futura ley del Jurado. Todo el libro utiliza continuamente los testimonios coetáneos en virtud de un profundo trabajo en las hemerotecas.

M. CARMEN IGLESIAS
JULIO R. ARAMBERRI
LUIS R. ZUÑIGA.

LOS ORIGENES DE LA TEORIA SOCIOLOGICA (Montesquieu, Rousseau, Hegel, Marx, Saint-Simon, Tocqueville, Comte, Spencer). Akal Textos, número 11, páginas 536, 1.200 pesetas.

Puede decirse con total exactitud que ésta es una obra nueva en el panorama bibliográfico español

En efecto, no hay en el mercado, realizada por autores españoles, una obra que introduzca de forma rigurosa y amplia al estudio de la teoría sociológica. Consta de una introducción general y de nueve capítulos dedicados a los fundadores de la sociología moderna, seguidos de una antología de los escritos, representativos del conjunto de la obra de cada autor y de lectura obligada para iniciarse en su conocimiento. Introducciones y textos van completados por amplias bibliografías que recogen las ediciones más accesibles de los autores en la lengua original, así como estudios representativos sobre su pensamiento y traducciones castellanas seleccionadas. Los autores, profesores los tres de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, han buscado en este libro una utilidad pedagógica por lo que encontrará amplia audiencia entre estudiantes de sociología, filosofía, ciencias económicas, historia.

A. MAKARENKO. Poema Pedagógico. Akal Bolsillo. Tres volúmenes, 450 pesetas.

La colección Akal Bolsillo presenta uno de los libros más célebres de la enseñanza de la pedagogía: el Poema pedagógico de A. Makarenko, célebre maestro ruso que en 1920 recibió del Departamento de Instrucción Pública el encargo de organizar una colonia para delincuentes menores y niños vagabundos que el torbellino de la guerra civil había dejado sin hogar o diseminado por los caminos de Rusia. En esa y en otras comunas infantiles a las que dedicaría treinta años, Makarenko fue recogiendo una experiencia riquísima de historias infantiles que junto con sus presupuestos pedagógicos innovadores constituyen el eje de esta novela, considerada como una de las muestras capitales de la pedagogía del presente siglo.

ROBERTO CARBALLO, ANTONIO G. TEMPORAL, JOSE A. MORAL SANTIN: «Crecimiento económico y crisis estructural en España (1959-1980)». Akal Editor. Colección Akal Textos. Madrid, 1981, 1.500 pesetas.

Se recogen en este grueso volumen artículos y ensayos de importantes figuras de la economía española, articulados por tres profesores que han

tratado de dotar a la cátedra de Estructura Económica de la Facultad de Políticas y Sociología de la Universidad de Madrid de textos para una enseñanza abierta y crítica que consta: 1) de una introducción histórico-estructural que sitúa la etapa actual de la economía española; 2) de un grupo de artículos que plantean los caracteres generales de la economía española en los años sesenta/setenta, y 3) de una serie de epígrafes que responden a elementos y/o relaciones estructurales específicas. Tras la revisión de más de medio millar de artículos y libros, se han seleccionado 30 artículos, a los que se suma una introducción histórico-estructural y un trabajo especial sobre el papel de la Banca, además de una bibliografía completa sobre el material publicado en torno a la economía española entre los años 60 a 70. Entre los autores de artículos figuran Xosé M. Beiras, E. Fuentes Quintana, José Luis Sampedro, Julio Segura, Ramón Tamames, E. Torres Villanueva y Francisco Alburquerque.

«REVISTA DE OCCIDENTE» (tercera época), número 4.

El número 4 de la actual época de la «Revista de Occidente», correspondiente al período de enero-marzo, aparece con viñeta de Eduardo Sanz en la portada. Se abre el número con un trabajo sobre estética, de Eugenio Trias, en el que el pensador catalán contrapone el concepto kantiano de lo bello-sublime a la indagación freudiana acerca de lo siniestro como reflexión justificadora de un aforismo de Schelling y otro de Rilke, en el que se dice que «Lo bello es el comienzo de lo terrible que todavía podemos soportar». Siguen textos de François Lorraine («Pensamiento matemático actual»), J. Ferrater Mora («Estética y crítica»), Pedro Martínez Montañez y Roberto Mesa («El mundo árabe»), Joaquín Garrigues («Derecho mercantil»), Núñez Ladeveze («Mac Luhan») y Juan Velarde, Caballero Bonald y Jorge Guillén adelantan fragmentos. El primero de la novela «Toda la noche oyeron pasar pájaros», y Guillén, un poema que se llama «El fin del mundo». Completan este número 4 las habituales secciones de notas y crítica.

Escribe
César Antonio
MOLINA

DOS NOVELAS INEDITAS

La importante faceta de Vicente Risco como narrador viene marcada por la utilización, en un primer momento, del idioma gallego, y con posterioridad, del castellano.

La obra narrativa en gallego podría ordenarse de la siguiente manera: en «A Coutada» (1926), el campo y la vida rural adquiere el protagonismo: son felices aquellos que permanecen fieles a la tierra, a los orígenes; mientras que los hijos pródigos, que regresan derrotados, obtendrán el castigo debido a causa de su traición.

«O porco de pé» (1928) y los fragmentos de «Os europeos en Abrantes», publicados en 1927 en la revista «Nos», son relatos que tienen como escenario el ambiente ciudadano.

En ambas destacan la sátira y el humor, arma que se utiliza para desenmascarar el provincianismo y la falsedad intelectual existente en una pequeña ciudad de provincias (Orense).

ESTE «germen» lo desarrollaría de manera magistral otro coterráneo, Eduardo Blanco Amor, en dos novelas muy importantes: «Xente ao lonxe» («Aquella gente»), y «A esmorga» («La parranda»). Risco luego utilizará sus grandes conocimientos de la etnografía, de las costumbres populares de Galicia, el folklore, la mitología, etcétera, para mezclarlas en otra serie de narraciones de carácter mágico y fantástico: «O lobo da xente» (1925) y también en «A trabe de ouro e a trabe de alquitrán» (1925). Y, por último, sus inclinaciones hacia las ciencias ocultas (algo muy de moda entre la intelectualidad de su tiempo) le llevarían a escribir «Do caso que lle aconteceu ao Doutor Alveiros» (1919).

Si «O porco de pé» es la novela que da la pauta de su capacidad creadora en la lengua natal; «La puerta de paja» (1935) era el contrapunto en castellano. La reciente publicación de otras dos novelas inéditas en esta última lengua vienen a confirmarlo y a corroborar la trascendencia de Risco como novelista. «Gamalandalfa» y «La verídica historia del niño de dos cabezas de Promonta» (1) habían estado inéditas hasta ahora.

UNA NOVELA DE DIFÍCIL CLASIFICACIÓN

La puerta de paja es una novela de difícil clasificación, aunque me inclinaria por enmarcarla dentro de lo «filosófico» con muchos ingredientes estéticos y textuales de carácter fantástico y esperpéntico. La obra tiene una estructura y un ritmo de tres tiempos dialécticos (tesis, antítesis y síntesis) que se corresponden con los tres momentos de la acción del teatro clásico (exposición, nudo y desenlace). En la primera de estas fases se proponen las dudas e incertidumbres en cuanto a la existencia de un Más Allá, y por lo tanto se justifican los placeres y los divertimentos mundanos provocados por esa misma desesperación: «...¿Qué hay detrás? La Nada... ¿Y la Nada, qué es?... Si esta puerta se abre, si se cae la paja que la obstruye, si yo mismo, yo mismo, pongo fuego a la paja, la Nada me tragará, y yo no seré nada...» (Página 35.) En la segunda parte se plantea esta gran interrogante y se inicia el camino de la renovación en el cual luchan las fuerzas del Bien y del Mal alrededor del excomulgado por tres Papas seguidos, el obispo Baldoño. En la sección final se produce el vencimiento de la Fe tras la conversión definitiva del obispo y su propia inmolación a manos de los súbditos descontentos. «¡Amado tío! Y ahora... ¿qué es lo que hay tras de la Puerta de Paja? Y le pareció que el difunto sonreía.»

El relato transcurre en una Edad Media indeterminada, sobre la que mezcla una serie de anacronismos que reducen un tono jocoso e irónico. Ese ambiente sirve como una gran parábola del mundo moderno y un campo de pruebas para poner al aire sus propias preocupaciones existenciales. También este recurso a esa aparentemente temporalidad determinada, aunque nebulosa, de alguna forma le sirve como resorte literario para introducir, crear y mezclar personajes, situaciones y ambientes que maneja con facilidad y familiaridad. La puerta de paja que tiene mucho de teatral, comienza con una esperpéntica descripción de la corte del obispo excomulgado y de su propia persona adornada por unos flamantes cuernos que, en las dos ediciones anteriores de esta novela, fueron aserrados por la censura. Todas estas páginas iniciales son las más descabelladas, las más paganas. Vicente Risco convoca a todas las fuerzas del Mal y se recrea en ellas con verdadero conocimiento. El pecado, el demonio y la carne son los arquetipos sustentados por: Plutón Barrabás, el Mal; Rosinda, la tentación, y Alda, la concupiscencia. Plutón Barrabás utiliza la fuerza de su magia, que no es algo ajeno al mundo, sino que en palabras del propio autor, «todo es magia, los hechos más sencillos y vulgares de todos los días, son magia. Lo que

pasa es que, como la gente no sabe que toda cosa es, al mismo tiempo, otra cosa; como la gente no sabe que toda cosa no es más que la sombra de lo que es, cuando en la vida se hace patente algo de esto, dice que es brujería.» (Página 53.)

Pero la acción se desarrolla también en varios estratos; uno de ellos ingravido, aéreo. Por otra parte, el mapa geográfico del mundo se transforma en algo corporal y viceversa, sobre el que se posan las brujas, los espíritus, los ángeles de todo tipo... El «ano» (palabra reiterada varias veces) es la gran fuerza motriz, el creador de esas figuras e imágenes, que se nos antojan antropomórficas, en espiración permanente y que vagan perdidas por la atmósfera. Risco consigue con este caos (complementado con cierto caos de escritura) de seres y elementos de una atrezo cuidadosamente elegido, un cuadro muy pictórico que a menudo me recuerda al mejor Bosco. Todas estas primeras páginas corren sin bridas, salen del inconsciente profundo en el cual ve reflejadas imágenes que le producen angustiosas sensaciones de vértigo. Así, de forma brusca y un tanto violenta, corta lo que para mí es lo mejor de La puerta de paja: esa mezcla de lo fantástico, lo irracional... En el segundo tiempo que surge de manera inmediata, las fuerzas del mal son contrarrestadas por las del bien: el santo Ascanio, y fundamentalmente el sobrino del obispo, Finamor, que actúa como un Ángel de la Guarda. Se emprende el peregrinaje del obispo hacia Roma seguido por muchos de sus conciudadanos; mientras que la apacible vida que hasta aquel momento se venía desarrollando en aquella ciudad se trastorna con la llegada del cardenal Arnulfo de Palmirania y sus adláteres, el Gran Maestro de la Orden Militar de San Flemo, y un largo etcétera. Todos ellos más virtuosos que el obispo penitente, pero que sumen a la región en una serie de luchas intestinas. Risco tiene mucho interés en matizar las diferencias entre el ejercicio del poder temporal y el camino hacia la consecución de la salvación eterna. Aunque los anteriormente citados son los arquetipos básicos sobre los que se circunscribe la novela, surgen otros pequeños tipos intermedios que representan a otras clases y estratos sociales como, por ejemplo, el doctor Patafuss o el bachiller Blasindo, además de Hermanrico o Salacio.

El obispo se arrepiente sin demasiado convencimiento, lo hace —una vez más por puro egoísmo—. «Si estoy jugando a perder, acaso poco importe ir al infierno; pero haber dado toda la vida, toda, a la Nada... Ver de una vez el vacío absoluto de todo lo que fue algo para mí, sentir como si no hubiese existido nunca...» (página 131). El escoger el camino de la verdad y su ya completa identificación con la fe, le viene provocada por una intervención decisiva de su sobrino, ese soplo divino que es Fenamor. Algunos ensayistas como Soldevila se refieren a La puerta de paja como una novela «católica», lo cual, en términos generales, es cierto, pero habría que oscultar muy a fondo la filosofía de todo su texto. Por lo de pronto, la religiosidad de Risco (de absoluto convencimiento) es muy «sui generis» en la novela, muy determinista, muy cargada de elementos paganos, de fuerzas ocultas que zarandean a los hombres. Hay una seguridad de la existencia divina, por una necesidad y temor ante el vacío y la oscuridad.

En 1952, esta novela, de un escritor en avanzada edad, estaba al margen de la literatura de su tiempo. Por eso quizá, quedaba finalista del premio Nadal que sería ganado en aquellas fechas por Dolores Medio con Nosotros los Rivero. Pero La puerta de paja pasaba a engrosar esa lista de obras importantes de la tradición narrativa galaica (tanto en castellano como en gallego), al lado de otras obras narrativas de Rafael Dieste, Blanco Amor, Fernández Flórez, Cunqueiro, Castroviejo, el último Torrente, etcétera. La puerta de paja mostraba las posibilidades de un nuevo camino de escritura dentro del pa-

LA NARRATIVA CASTELLANA DE VICENTE RISCO



Vicente Risco, por Castella.

norama literario de aquella década. Esta transformación textual no se olvidaba tampoco de reflejar las muy particulares angustias existenciales, pero teniendo en cuenta que el ejercicio literario de creación tiene que ser utilizado para contar, divertir, sugerir, ejercitar el lenguaje y los modos de comunicación, incluso utilizando también viejos arquetipos. Sin embargo, a esta novela todavía no se le ha hecho la justicia necesaria, a pesar que críticos y ensayistas como Eugenio de Nora la recibían con gran sorpresa e interés. Entre los referentes que le fueron buscados en su momento por José Ángel Valente, A. Vilanova, etc., barajando influencias unamunianas, de Greene en El poder y la gloria, de Herman Hesse en Narciso y Goldmundo, o últimamente Ignacio Soldevila con San Alejo, de Benjamín Jarnés; yo quisiera añadir uno más (aunque no con todas las anteriores estaría de acuerdo), Las tentaciones de San Antonio, de Gustave Flaubert.

UN CUENTO CRUEL

GAMALANDALFA es la primera de las novelas que se publican ahora por primera vez. Hubiera sido interesante conocer la fecha de escritura. Más que una novela, por su extensión, hay que considerarla como un relato corto. De repente el lector se encontrará con un personaje y una historia enormemente atractiva. Además, esa misma brevedad del relato y su narración como si fuera una crónica de sucesos, le dan una concreción que evita esas —a veces peligrosas— dispersiones risquianas. Generosa López Álvarez, de sobrenombre Gamalandalfa, es una especie de campesina - heroína - vengadora que ejerce el «amor fou». Todos aquellos que mantienen relaciones íntimas con ella acaban ajusticiados, reincidiendo así en los pensamientos de Salacio (otro de los personajes de La puerta de paja). «El mal es más poderoso que el bien. Al mal se debe cuanto de grandioso se realiza en el mundo. El bien es pequeño y cobarde, estéril y vulgar.» Yo veo aquí surgir nuevamente a ese Risco heterodoxo, traicionador por su propio inconsciente, contradictorio. Disfruta con lo que cuenta, con lo sangriento y con las descripciones tan exactas y hasta a veces naturalistas. Gamalandalfa, hija de un matador de cerdos y de una degolladora de gallinas, conoce perfectamente este oficio que se ha venido heredando de generación en generación; y no sólo como oficio, sino en la misma sangre. En primer lugar, lo utilizará para vengarse de la propia injusticia de la vida. Gamalandalfa es lo que se llama en Galicia «una mujer brava», poseída por ese poder ancestral de utilizar la muerte como una justificación divina.

Este cuento cruel que podría haberlo firmado Marcel Schwob, Villiers de L'Isle Adam o el mismo Poe, tiene una gran carga de intriga. El culmen llega cuando se cuentan las peripecias de nuestra heroína por las selvas del Brasil, degollando a niños que eran cocinados como alimento habitual de los salvajes. Gamalandalfa es la sacerdotisa primordial en cuya mano el asesinato tiene mucho de ritual y sagrado. Su antagonista, la Cachaneta (una especie de bruja, echadora de cartas) representa la legalización del culto, el intento de racionalizar las fuerzas ancestrales del hombre ofreciéndole ciertas justificaciones a través del mundo de los valores y el inicio de cierta moralidad. Por

supuesto la razón risquiana no podía dejar libres sus emociones; no podía dejar libre y sin pensar a esta nueva diosa de fuego. Pero la detención de Gamalandalfa no termina con el relato ni con su protagonista. El cuento queda abierto y la heroína con su confesión pública, con su desafío, expande el terror y el miedo.

Gamalandalfa se surte de la imaginación, pero mucho de la realidad galaica. Risco explora los miedos ancestrales, la tradición popular sin las sofisticaciones del hombre moderno. Esta obra escrita hace más de veinte años (por lo menos, dada la fecha de la muerte del propio escritor) podría recordarnos a algún personaje sacado de alguna novela hispanoamericana. Hace poco leía una impresionante narración del brasileño Rubén Fonseca, El cobrador, que lejanamente se inscribía en este mundo de Gamalandalfa, sólo que la primera representa a un ser primitivo, natural, virgen, sin humos ni secuelas industriales. Por supuesto todas las concomitancias provienen de una tradición cultural común que nunca debería olvidarse.

Con más calma habrá que regresar sobre este relato que de haber sido escrito en el gallego que manejaba su autor, se hubiera convertido en una pieza maestra. De todas formas, aquí sí que Galicia vuelve a estar presente de forma clara, la propia intención y verosimilitud cuentan con ello. El final es muy significativo. «Finis coronat opus. La cordura es una anestesia y Conjo es un paraíso». Conjo es un antiguo y conocido hospital psiquiátrico de Santiago.

UN ACERCAMIENTO A LA CIENCIA FICCIÓN

La verídica historia del niño de dos cabezas de Promonta, estaba también inédita. Es una novela confusa, embarullada, donde Risco intenta realizar cierta experimentación temática y formal. Ya no cuenta con el apoyo de las ciencias que estudiaban lo pasado, sino que se lanza a criticar a ese mundo futuro de la cibernética y del científicismo deshumanizado. La verídica historia es una gran hipótesis alegórica de a lo que puede llegar nuestro mundo.

El nacimiento natural de un niño monstruoso con dos cabezas, provoca una serie de acontecimientos que van desde el rapto del mismo por un circo para utilizarlo como atracción de feria; hasta una lucha científica por superar técnicamente aquellas dos cabezas en otro ser de tres. Alrededor de esta anécdota, Risco monta un discurso cuasifilosófico sobre la carencia de principios, de arraigo a la tierra. Los caracteres diferenciados de los pueblos y los países desaparecen ante este universalismo de la barbarie y el desasosiego competitivo. El médico egipcio Mohamed Abbas, que supera la monstruosidad nacida en Promonta, sin embargo, reaccionará a los requerimientos de su abuela Safiyya, quien le recuerda la necesidad de regresar a las raíces.

Remotamente esta historia nos evoca a Wells, pero la novela está un poco desdibujada, como escrita por primera vez, le sobran páginas y otras hubiera sido necesario corregirlas. De todas formas, es también una muestra ejemplar de este prolífico y polifacético escritor.

(1) Las tres novelas acaban de ser publicadas por Akal. Cuando se cita alguna página corresponde a esta edición.



Escribe
Rogelio
MARTINEZ
BOUZA *

LOS TESTIGOS VIVOS DEL ESCRITOR ORENSEANO

N I llovía aquel 2 de mayo ni había niebla en la vieja judería de Allariz, donde iban a enterrar a Vicente Risco. Cuando su cuerpo se hacía tierra, un amigo, en silencio, pronunció «ahora sí que profundas, don Vicente», evocando aquello que de él comentaba Castela: «Risco siempre está profundando.» Y Cunqueiro, hoy hermanos en la muerte, narrador él de mitos, mitólogo el orensano, lo despedió con estas palabras cariñosas: «A persona que eu mais quero neste mundo e no outro». Y Orense abría su cuerpo a la orfandad, se agotaban aquellos hombres de espíritu y tantos saberes. Había muerto unos años antes Florentino Cuevillas, fundador de la prehistoria gallega, y nos cuenta Joaquín Lorenzo (el «Xocas») tan próximo a ellos, que en su muerte fue a la tumba «con la bandera gallega escondida bajo su chaqueta y deseando publicar en el periódico local «La Región» una esquela en gallego». Hubo que solicitar autorización a Fraga Iribarne, y como todavía no era necesario vestirse de autonomista, contestó con «si quieren publiquen-la en castellano».

D E aquel Orense de frescos paseos, a la hora del crepúsculo, hasta el Oira, de empedradas calles silenciosas, de fachadas de granito y mansedumbre, de cafés-tertulias donde las horas no entraban en la historia, ya sólo iba a quedar Otero Pedrayo (muerto en el 76). Como López Cid, gran amigo en la posguerra de Risco, «e o que algún día eu creo que fun», y «se están prolongando demasiado sus funerales». Que la historia no pase esponjas sobre aquel entrañable Orense ni sobre la Galicia de la Bella Otero; Valle-Inclán, Fernández Flórez, Cunqueiro...

Porque en ruinas está la casa donde vivió Risco, el número 47 de la cálida calle Santo Domingo, de ella sólo queda la fachada. Allí se reunían en tertulias después de comer. Eran de tipo científico, donde trazaban proyectos de investigación para realizar los domingos en excursiones para estudiar iglesias, castros, valles y empalizadas: un riguroso trabajo etnográfico. De allí salía «Nós» e infinidad de documentos para el «Arquivo do Seminario de Estudos Galegos». En ellas, Risco, que tenía una gran habilidad manual, mientras conversaba con trozos de pan construía detalladas figuras de animales —cerdos, elefantes, zorros— que muchos de ellos guarda María Teresa Cortón, ama de llaves del escritor.

Se trasladaban de su casa a otras tertulias, en cafés que ya han desaparecido: el Roma, el Mercantil, y más tarde el Parque, donde Risco ejercía un magisterio sin notarlo, enseñaba sin darlo a entender. Cuenta Julio Losada, memoria joven y fiel de Orense, que le comentó un día que estaba leyendo un libro que narraba las impresiones de un ingeniero inglés en el Tibet, y Risco, a renglón seguido y con gran deleite, le estuvo hablando durante horas

acerca de la civilización tibetana, porque además, y no se debe olvidar, hoy que vivimos en la fiebre betsellera del orientalismo y la magia, que él fue de los primeros que conoció y divulgó dicha disciplina: en el año 1917 publicó siete números de la revista «La Centuria», que va a ser próximamente reeditada, dedicada a dichos temas.

Risco, de inteligencia sensible, corazón bondadoso, manos ágiles, huidizo y tímido, vacilante, dicen que cobarde, y aquí interviene de nuevo el Xocas comentando acerca de si existe un Risco de posguerra: «No hay más que uno. Hay una reacción distinta ante una nueva situación. La vida impone necesidades; el hombre es un ser vivo que se modifica», no hay el mínimo dato en la vida de posguerra de este hombre de mirada sugestiva, a no ser que se considere como tales sus colaboraciones en varios periódicos que exaltaban las victorias nazis, que haga sospechar connivencia con el franquismo. Su opinión sobre los políticos de esta época la deja bien clara en los comentarios que le hacía a López Cid cuando paseaban: «esto e unha política de chulos». No se debe olvidar que participó en la vida social a favor de la República, y el que no le hubieran «paseado» se lo debe al hecho de haber sido profundamente religioso. Cuando le hacían algún comentario en torno a su fe, él contestaba que la suya era una fe de carbonario. Todos ellos estaban imbuidos de una honda religión: Otero Pedrayo rezaba todos los días el rosario en latín, si no le hubieran matado. Y así nos asegura el pintor orensano Prego, también íntimo amigo de Risco, que Moralejo, catedrático en aquella en Santiago, lo denunció públicamente en la Prensa, bajo el título de «¿Cómo es posible que todavía siga vivo Risco?» El —hijo de la cultura druida—

siempre tuvo miedo a la muerte; le derribó la situación que originó la guerra. Su edad era ya madura; a su cargo vivían tres mujeres; de sus esposas decía Eugenio Montes, por su belleza, que era «una sinfonía dorada», que lo zarandeaban —«siempre están mandando en min», comentaba él—, y sus tres hijos. Tampoco para él fueron años fáciles, y resume así este período: «Estoy en una gran incertidumbre.»

Este hombre que era torpe, sin sentido de la economía, que lavaba sus manos infinidad de veces al día, buen catador de vino, que él mismo cosechaba; fumador que iba dejando colillas en todos los rincones; muy callado en público, pero alegre, de un sarcástico y fino humor; que escribía mientras charlaba, gozaba de un saber que trascendía la simple lectura: un libro que él leía se convertía en un nuevo libro. Como buen «moderno», no creía para nada en la pedagogía, y al regresar todas las mañanas de la Normal, donde fue director y catedrático de Historia, como los alumnos no le entendían, volvía enfadado.

Pero su gran escepticismo e inquietud eran los adelantos científicos. Al regresar un atardecer de casa de unos amigos donde había ido a merendar, y que tenían un tocadiscos que por sí mismo cambiaba los discos, le comentó a María Teresa: «Estouche moi preocupado, porque eso do tocadiscos eche un invento do demo.» Me evoca una anécdota que me comentaron cuando un abuelo de Carmen Martín Gaité, profesor de un colegio de Orense, que como se hablaba mucho en aquellos días en la Prensa de los inventos de aviones, estaba gastando sus energías para convencer a sus alumnos que aquello era imposible; y quizá —con tan buena fortuna— que cruzó por allí un reactor y, cuando se lo señalaban sus alumnos, él, firme a sus principios, les garantizaba «que era una visión, que aquello no podría ser cierto».

Vicente Risco, que permaneció tanto fuera del tiempo de horizontes infinitos, ya escribía en 1917: «El arte de la creación no propone otra cosa que el olvido del mundo.» Busca los paraísos artificiales. Amante de soledades —esta soledad me tienta—, una le dolió en el alma: cuando sus amigos galleguistas le volvieron la espalda.

(*) Rogelio Martínez Bouzas es periodista en Galicia y prepara un libro sobre el Orense de Risco.

U... ju juu...
(Poema futurista)

Terra
Duaa das diagonadas d'asur beben no mar
Sóbor do Atlántico a diástole imensa da raza
Vapor en todol-os motores do mundo
Añudadol-os nevos nervos á todol-os fías eléctricas
Terra
A Cruña fite as briteimas d'Irlanda
Vigo os raiña-coas de Nova York
GALICIA FOR EVER

CRUÑA
Puntos de tensión máxima de vida.

VIGO
Terra
Nudo de todol-os fias
ensinando todol-as vilas do mundo
Todol-as sirenas a un tempo a sonar
Trés pintados de sol furando a terra.
no cabo de todol-os paralelos

Terra
As flechas das arelas espagadas de Atlántida
Nas nozas espadañas.
onde repican ó bautizo dos séculos, novoa
Antenas pra radiografial-os nozco himnos ás estrelas
Terra
Folgos de millés de peitos
Mañana

Briuco de todol-as ventadas
Estralar de todol-os miolés
Terra
N. S. E. W.

Terra
Chuvia d'estrelas
Alborada
Lontrego
Rayos X
Profecía

Terra
O coo raxos d'arriba abaize
Terra
HII' HII' HII'
HURRA
VICENTE RISCO.

Xaneiro, 1920.

En «A nosa terra» (25-II-1920)



Otero Pedrayo y Vicente Risco.

«Insatisfechos, no conformistas, cotidianamente rebeldes. Vencidos de la vida por inadaptados.»

V. RISCO

Escribe
Alfonso
MATO *

HISTORIA DE UN INADAPTADO

Solamente a partir de los años setenta, y desde posiciones de izquierda nacionalista, se comenzó a hablar del Risco político, para acusarle de derechista y reaccionario, frente a su compañero de generación, Castela, que encabezaba la corriente progresista del movimiento galleguista. Con ello se contribuyó al agotamiento de Risco en su simple definición política, al mismo tiempo que se le rodeaba de una aureola metafísica que alejaba a presuntos curiosos de las parcelas más conflictivas de su persona y de su obra. Sin embargo, tanto la amplitud del proyecto por él concebido para la nación gallega como la relación que mantuvo con una muy atractiva tradición cultural merecen una visión un poco más interesante que aquellas que se quedan en vagos culturalismos o simples

L A formación cultural de Risco bebe, como él mismo nos lo dice en su conocido ensayo «Nós, os inadaptados», en una serie de escritores que podríamos englobar a «grosso modo» en toda una corriente de pensamiento europeo de fines del XIX y principios del XX, declaradamente opuesta al racionalismo. A esto habría que añadir ciertos rasgos orientalistas, derivados de sus lecturas del budismo y los libros védicos, además de una cierta inclinación hacia la teosofía y el ocultismo. De estas fuentes extrajo Risco una ideología no muy bien determinada y a menudo contradictoria, pero que, asumida profundamente, fue tomando cuerpo poco a poco hasta determinar lo que habría de ser su forma de sentir y de pensar, basada, principalmente, en una concepción espiritualista e idealista del mundo y en la importancia concedida al genio individual. De ella se desprende un claro rechazo del racionalismo, de la concepción histórica progresista y democrática, del conocimiento científico, estructurado en leyes, de las masas, de la política... en una palabra, de todo lo que representaba la, para él,

Europa moribunda del XX. La insatisfacción que le produce esta sociedad le convierte en un inadaptado, en un enemigo de la realidad que le rodea, frente a la cual sólo queda la huida, el encierro en la torre de marfil, en el cenáculo del pasotismo ilustrado, donde un grupo de pesimistas aristocráticos contemplan con desprecio e indiferencia la lenta agonía del mundo de los filisteos, la decadencia de Occidente. Pero esta especie de neoromanticismo trágico y apocalíptico no fue más que el apacible sueño de una noche de verano que precedió a un despertar convulso. Estamos en 1917, la guerra sigue desgastando a Europa, los bolcheviques toman el poder en Rusia, los sindicatos convocan la huelga general en España y el agrarismo toma impulso en Galicia. Claramente afectado ante este contexto, Risco decide abandonar su reino de ensueño y participar en la vida pública. Mirando «arredor de si» descubre la doctrina y el marco histórico-geográfico más apropiados para instalar su pensamiento.

Si nada hay de extraño en la evolución de Vicente Risco hacia actitudes netamen-

te derechistas y reaccionarias, propias de un conservador ilustrado, medroso de la revolución, si es más difícil comprender el porqué de su incorporación a las filas del galleguismo y no a las de cualquier otra militancia política. La respuesta a esta pregunta se encuentra en el propio nacionalismo gallego, que, en las primeras décadas del siglo no contaba con un cuerpo de ideas lo suficientemente firmes como para constituirse en doctrina. Vaguedad ideológica e incluso estética, que representaba para Risco la oportunidad de acceder al campo político sin apenas variar la estructura de su pensamiento, que, bajo el envoltorio nacionalista, elevará al escritor a la condición de máximo ideólogo del movimiento galleguista, hasta, por lo menos, la década de los treinta. Y todo ello mediante la simple adaptación, a su ya conocido boceto histórico filosófico, de ideas tan de su tiempo como la primacía de Occidente sobre Oriente, el *Volkegeist* o alma colectiva de un pueblo y el celtismo, que, convertido en atlantismo, llega a jugar el papel de alternativa redentora del decadente mundo occidental.

A estos pequeños cambios vendrían a sumarse, en la década de los veinte, algunas aportaciones teóricas de la obra del filósofo e historiador alemán Oswald Spangler, del que recoge Risco la idea de la Historia como un proceso de evolución no lineal, en la que el sujeto principal son las diferentes civilizaciones.

Pero al determinismo biológico de Spangler, que condena a toda cultura a un proceso irreversible de nacimiento, crecimiento y muerte, se opone Risco al, afirmar que las civilizaciones que se man-

tienen en su estado primitivo, como la gallega, no contaminadas aún por la decadencia, pueden salvarse mediante un reflorcer de vitalidad espiritual. Naturalmente, esta vigorización del espíritu tiene que ser desarrollada por una élite creadora que sepa estimular y arrastrar a la masa no creativa. Este papel se lo asigna Risco a la «aristocracia» galleguista, destinada a regir la nueva sociedad campesina, reflejo de míticos pasados célticos y medievales. A este proyecto le añadirá, a medida que aumenten las situaciones prerrevolucionarias en los países europeos, progresivas dosis de antimarxismo y racismo, que poco a poco le llevarán a posiciones cada vez más derechistas, inmovilistas y católicas, hasta el punto de hacerle abandonar, en febrero de 1936, el partido galleguista. Después de esto, y conocidas sus simpatías hacia el nacional-socialismo alemán, no puede sorprendernos que, al igual que su admirado Spangler, pudiera haber mantenido cierta confianza en el nacimiento de un nuevo cesarismo, encabezado por personajes como Hitler o Franco, que lograra la salvación temporal de Occidente.

Por mi parte, prefiero recordarle en su juventud, en aquellas secretas reuniones que una selectiva capilla de inadaptados mantenían en cierta casa de la orensana plaza de San Cosme, donde apaciblemente embriagados por las emanaciones de kif eran iniciados en las ciencias ocultas por un misterioso personaje, que se escondía bajo el nombre de doctor Alveiros.

(*) Profesor de la Universidad de Santiago de Compostela. Prepara una tesis doctoral sobre el nacionalismo gallego.

Escribe Manuel CEREZALES

Vicente Risco, novelista

CUANDO en 1953, Vicente Risco, a punto de cumplir los setenta años de edad, publicó «La puerta de paja», no faltó quien le reprochase el arriesgar en la aventura literaria su prestigio científico. Se desinflaba de sus dotes de narrador. Sin embargo, hacía muchos años que Risco había dado muestras de su aptitud para el relato de ficción con varias novelas cortas escritas en gallego: «O porco de pe», la más extensa de todas; «A coutada», «O caso que lle aconteceu ao Dr. Alveiros». Aquellos relatos primerizos dejaban ver su disposición para la narración de tipo intelectual.

La «puerta de paja» no constituyó una sorpresa para quienes conocían a Risco, las vicisitudes de su vida y la fertilidad de su ingenio: inteligencia preclara, primera figura intelectual del renacimiento de la cultura autóctona, autor de la teoría del nacionalismo gallego, fundador y director de «Nos», órgano de la intelectualidad gallega de la época, historiador, etnólogo, mitólogo, profesor de historia... Y novelista. Puede pensarse que la novela fue para él un violín de Ingres. Se equivocaría quien tal cosa creyera. Sacrificó la creación literaria a tareas que él y otras grandes figuras de la intelectualidad gallega consideraban preferentes. Tanto él como Otero Pedrayo, Castelao, Cuvillas, entre otros, pudieron hacer en su obra una proyección nacional, como se la habían dado a la suya la Pardo Bazán, Valle Inclán, Camba, escribiendo en castellano, pero optaron por restaurar la lengua y la literatura vernáculas, que no les deparaban compensaciones económicas, y Risco se consagró a la investigación en un campo tan apartado de la invención imaginativa como es la etnología. ¿Estaba justificado el sacrificio? Yo pienso que sí; pero quién sabe.

Gonzalo Torrente, en su «Panorama de la literatura española contemporánea», dice refiriéndose a «La puerta de paja»: «es una obra original, muestra valiosa de lo que hubiera podido hacer en el terreno de la narración imaginativa, un escritor que acaso erró su camino entregándose a la ciencia». El propio Vicente Risco en los últimos años de su vida admitía la posibilidad de haberse equivocado. No consideraba la novela, desde su punto de vista de autor, como un mero entretenimiento.

Al contrario, le concedía más importancia que a sus trabajos de erudición. Conservo testimonios escritos en que confiesa que la novela le produjo grandes satisfacciones, muchas más que todo el resto de su obra. Y no porque «La puerta de paja» le hubiera proporcionado más recursos materiales o mayor nombradía que su vasta labor de etnólogo e historiador. La novela concurrió a un afamado premio literario en el que no consiguió más que figurar en la selección para las votaciones finales. No recuerdo cuál fue la premiada aquel año, ni serviría de nada hacer ahora comparaciones. Ignacio Soldevilla, en su libro «La novela desde 1936» afirma que Risco no era «una personalidad fácilmente mercantilizable, ni tampoco su novela volaba a alturas accesibles para el público que compra novelas premiadas». Pero tampoco tuvo «La puerta de paja» gran repercusión en el ámbito de la crítica literaria. La editorial patrocinadora del premio, ni siquiera la editó. Fue editada por otra editorial. Y no sé si pasó de la primera edición.

PUEDE argüirse que la novela no sintonizaba con las corrientes literarias y los gustos del público de la época. Las tendencias predominantes en aquella década eran el realismo social y el realismo objetivista. La de Risco, en efecto, no se situaba en estas coordenadas. Por entonces estaba también en boga la llamada novela católica. Tampoco, a mi juicio, la de Risco, a pesar de su fondo teológico, coincidía con las características que dieron a este género las narraciones de Graham Greene, François Mauriac, George Bernard Shaw, etcétera. «La puerta de paja» respon-

dió más bien a ideas e inquietudes que entonces circulaban por Europa, promovidas principalmente por Sartre. En realidad, la novela de Risco era una novela de la esencia y la existencia, son filosóficas y conectaba directamente, no sumándose a ella, sino contradiciéndola, con la doctrina existencialista. No plantea ninguna polémica ni abriga el autor la intención de mostrar el envés de la trama. Las cuestiones que estaban en el ambiente cultural y espiritual de la época generaban a un alto nivel especulativo la atracción de los dos polos, opuestos y complementarios. El ser y la nada, términos que dan título a la más importante obra filosófica de Sartre, constituyen una de las tensiones dialécticas de la novela de Risco. La puerta de paja que se le aparece y le impide avanzar al protagonista, el obispo Baldonio, representa precisamente el límite entre estos dos conceptos, entre la nada visible y la realidad invisible, cobijo del ser; la idea subjetiva del tiempo frente a la concepción objetiva; lo fantástico y lo real en el fenómeno del sueño, o sea, el sueño como sombra de la realidad o como realidad independiente; ya algunos de los presupuestos de esta novela rara y solitaria, que al menos por su singularidad debió de excitar la curiosidad de los intelectuales coetáneos, que no le

prestaron atención. Su carga intelectual no cristaliza en discursos especulativos, sino que se diluye en la vida de los personajes de ficción. El lector percibe que el novelista lo enfrenta con los grandes problemas de la vida y la muerte, del mundo sensible y del más allá, encarnados en el drama del hombre que se interroga sobre su origen y destino final. El obispo Baldonio, monstruo de codicia, ambición y sensualidad, salvado en última instancia por el toque de la gracia sobrenatural, personifica la lucha entre el bien y el mal en la interioridad del alma.

CUANDO Risco hablaba de las grandes satisfacciones que le había causado su novela, seguramente se refería a las complacencias íntimas del acto creativo, no a las que le proporcionarían la comprensión y el aplauso de los medios literarios y del público. Empezó otras dos novelas, de las que no se sabe si las terminó. Probablemente desistió del empeño ante la suerte dudosa de «La puerta de paja» o debido quizá a que la fatiga de la edad le indujo a abandonar una aventura tardía. Es posible que esta misma fatiga fuera la causa de la desgana que pareció invadirle en la redacción de los últimos capítulos de la novela. Tenía setenta años. Vivió diez años más. Otros narradores, a esa edad, siguieron en la brecha. Ernest Junger escribió «Eumeswil», su última novela, recientemente editada, después de haber cumplido ochenta años.

QUIZA algún día se publiquen inéditos de Vicente Risco. Hoy solamente tenemos «La puerta de paja» como testimonio de las facultades de narrador de este gallego absoluto al que un día nuestros intelectuales volverán los ojos, palabras de Fernando Sánchez Dragó en su «Historia mágica de España». Una novela imbuida del espíritu de Galicia, saturada de saberes eruditos y populares, inteligibles y esotéricos, de magia y misterio; saberes refundidos en la materia narrativa de tal modo que el lector común, sin preocupaciones intelectuales, no encuentra escollos que le impidan disfrutar de la entretenida trama.



Escribe: Fernando SALGADO

UNA "OBRA COMPLETA" NECESARIA

VICENTE Risco cultivó, en gallego y castellano, los más variados géneros y disciplinas. Autor fecundo y multifacético, personalidad poliedrica y contradictoria, la edición de su Obra Completa, empeño acometido por Akal Editor, plantea una dificultad adicional: la derivada de las continuas transgresiones que el autor comete con las fronteras temáticas convencionales. Irrespetuoso con los cánones al uso —ser diferente es ser existente—, era, al parecer, su máxima—, Risco no se ciñe casi nunca a un determinado género o a una determinada materia. Incluso en el más simple folleto de propaganda partidista, el conselleiro galleguista vierte con profusión una amplia gama de preocupaciones intelectuales que le absorben en ese momento, desde consideraciones de carácter filosófico hasta cuestiones etnográficas, desde referencias históricas hasta análisis políticos, sin olvidar aspectos religiosos o curiosidades de caminante vocacional.

SIN embargo, el universo risquiano, aparentemente disperso e inconexo, está perfectamente imbricado y ordenado. Cierto que a veces se perciben llamativas contradicciones en sus textos, pero no pasan de ser accidentes de la geografía que recubre un esqueleto ideológico relativamente estable y absolutamente coherente. Esqueleto formado por sólidas vértebras, por un puñado de ideas-base en torno a las cuales gira toda su obra: sentido y sentimiento de lo mágico, concepción cíclica de la Historia, conservadurismo social, desprecio de la civilización racionalista y del progreso materialista, postulados racistas —celtismo y, ocasionalmente, exaltado antisemitismo—, radical anticomunismo, fuertes convicciones religiosas...

EN una dilatada etapa, que se inicia en 1918 y culmina con la guerra civil, aquellos temas están ya presentes, aunque quizá más diluidos, en el pensamiento de Vicente Risco. No obstante, en esa etapa de madurez sus postulados se inscriben en unas coordenadas superiores, están en función y al servicio del incipiente movimiento nacionalista gallego, del que Risco se convertirá en el intérprete máximo. Su entrega galleguista, entusiasta y sin fisuras mientras el movimiento se mantuvo en la ambigüedad e indefinición política, cristalizará en dos libros fundamentales —Teoría do nacionalismo gallego y El problema

político de Galicia— y numerosos artículos que vieron la luz en diversas publicaciones galleguistas: «A Nosa Terra», «Céltiga», «Alento», «Terra»... El conjunto de estos textos, auténtico corpus teórico del nacionalismo gallego, recopilado y prologado por Francisco Javier Bobillo, integra el primer volumen de la Obra Completa.

A la época mencionada pertenece la mayor parte de su producción en gallego, que, además de la teoría nacionalista, puede dividirse en otras tres: a) Ficción. Risco escribió una novela satírica —O porco de pé— y varios relatos de menor extensión: Do caso que lle aconteceu ao Doutor Alveiros, O lobo da xente, A trabe de ouro e a trabe de alquitrán, A Coutada, Os europeos en Abrantes y O señor feudal. Menos interés tiene su única obra dramática —O bufón de El Rei—, premiada en la Festa da Lingua Galega, que se celebró en Santiago en 1926 y representada, al menos, en el Centro Gallego de Buenos Aires.

b) Ensayo.—En la excelente revista «Nós» (1920-1936), publicación mensual dirigida por Risco, que dará nombre y clima a toda una generación de intelectuales gallegos, publicó nuestro autor múltiples ensayos sobre las materias más dispares: etnografía, folclore, pedagogía, filosofía, prosas líricas, crítica literaria... Una muestra de estos trabajos fue publicada en «Leria», volumen editado por Galaxia, de Vigo.

c) Viajes.—En numerosas entregas de la revista «Nós», iniciadas en el número 79, fue plasmando Vicente Risco las impresiones de su viaje por determinados países de la Europa prebélica: Francia, Países Bajos y, sobre todo, Alemania, Checoslovaquia y Austria. Buena parte de estos trabajos fueron recogidos en un tomo, hoy difícilmente encontrable, publicado en 1934 bajo el título de «Mitteleuropa (Impresións dunha viaxe)»; los restantes, duermen semiolvidados en los últimos números de «Nós».

ESTAS páginas, salpicadas de humor chispeante y fina ironía, escritas en excelente prosa gallega, en lograda simbiosis de lenguaje popular y lenguaje culto, contienen agudas observaciones sobre lo divino y lo humano. La profundidad de las reflexiones va siempre acompañada de sutestivas y minuciosas descripciones. En perfecto equilibrio y para deleite del lector. Particular atractivo tienen sus glosas sobre

el teléfono, el tráfico de París, los semáforos, las tendencias nudistas en las playas alemanas, la cornucopia y la libertad sexual, la relación entre el orinal y la cultura de los pueblos, la esquemática rusofilia de sus amigos, etcétera. Sin embargo, el autor, que se complace en presentársenos como un «paiolo» (paletó) asombrado, demuestra la riqueza de su cultura al analizar fenómenos sociales y políticos de los países visitados o tendencias estéticas en boga: comunismo, cosmopolitismo, expresionismo, catolicismo, nacionalismo...

LIBRO tal, al margen del juicio que nos merezcan las ideas expresadas en el mismo, necesariamente tenía que ser reeditado con urgencia e integralmente, motivo por el cual el editor Akal ha decidido incluirlo en el volumen tercero de la Obra Completa.

SIGUIENDO el criterio de conceder prioridad a los textos más desconocidos o menos asequibles, el tomo segundo, ya en las librerías, recoge las tres novelas que Risco escribió en castellano. Dos de ellas —«Gamalandalfa» y «La verdadera historia del niño de dos cabezas de Promonta»— permanecían inéditas, mientras que la tercera, «La puerta de paja», que fue finalista del Nadal en 1952, nunca había llegado íntegra al lector, víctima de los tijejetazos de la censura franquista que decidió eliminar toda referencia a los cuernos del obispo-conde «excomulgado por tres papas seguidos».

LOS tomos 4, 5 y 6 recogerán la producción etnográfica y mitológica de Vicente Risco. Se trata de una treintena de trabajos, algunos extensos como la «Cultura espiritual», considerados como la aportación más seria que en ese campo se ha realizado en tierra gallega. Finalmente saldrán a la calle los ensayos históricos, la narrativa y el teatro gallego, la edición ampliada de «Leria», los artículos periodísticos, la correspondencia y varios relatos cortos en castellano, hasta completar los diez volúmenes de una obra amplia y polémica que estaba pidiendo a gritos este esfuerzo editorial.

* Fernando Salgado, periodista y escritor gallego, está a cargo de la preparación de los diferentes volúmenes de la obra completa de Vicente Risco, comentada y editada por Akal.



Escribe
Leopoldo
AZANCOT



García
Márquez
sale de
Colombia.
(Foto Silvia
Patiño.)

RENACIMIENTO

OTRA INTERPRETACION

EXISTE una crisis intelectual del marxismo, que muchos consideran definitiva. Erróneamente, para desgracia de éstos, y para nuestra esperanza. Pues no cabe duda de que a pesar de la momentánea desafección de algunos, sigue conservando muy numerosas virtualidades en orden a esa correcta interpretación de lo dado que necesariamente —a poca fe que tengamos en el hombre— motivará la transformación del mismo en el sentido de una mayor concordia entre el bien y la verdad. Así, por ejemplo, lo prueba «El hombre del Renacimiento», de Agnes Heller (Ediciones Península), un libro que renueva nuestro conocimiento de una de las épocas más decisivas de la evolución histórica.

Discípula de Lukács —quien la calificó de «Cassirer marxista»—, Agnes Heller, nacida en Budapest y profesora hoy en Australia, hace arrancar su investigación de los escritos sobre el tema de los padres del marxismo. Pero, a diferencia de lo hecho por otros en circunstancias similares, no se contenta luego con buscar en una erudición —que en ella es sin tacha— las ilustraciones precisas a las ideas sostenidas por aquellos, sino que, utilizando las mismas como una hipótesis de trabajo, establece una relación dialéctica entre ellas y los datos que previamente allegara, lo que le permite trazar un panorama conceptual que satisface a un tiempo las exigencias

de lo fáctico y de su interpretación global, referida a un «corpus» de ideas omnicomprensivas de la realidad.

La relación de Agnes Heller con las ideas matrices del marxismo sólo puede ser calificada de ejemplar. En efecto, no incurre nunca en ese reduccionismo dogmatizante que en ciertos pensadores tiene su origen en una inconfesada falta de fe en el valor último de las ideas que defienden —temen verse en la necesidad de ponerlas en presencia de los hechos—, y en otros, en la necesidad de simplificar, para mejor dominarlas, relaciones en sí extremadamente complejas. Por otra parte, tampoco cae en la trampa de buscar prematuramente el establecimiento de una cadena de causas y efectos que, en nombre de una tranquilizadora racionalidad, empobrecería la realidad al ignorar elementos de trascendental importancia heterogéneos con un esquema de interpretación burdamente simple.

Como consecuencia, su libro sobre el hombre renacentista renueva sin discusión posible nuestro entendimiento del tema estudiado. Y ello no ya desde la perspectiva de un saber academicista, reificado, sin conexión con las exigencias y las expectativas de nuestro presente, sino en función de éstas, con lo que cultura y vida dejan de ser en sus páginas compartimientos estancos, convirtiéndose en momentos sucesivos de un mismo proceso.

RECUADRO LATINOAMERICANO

UN MITO

La publicación por Editorial Brujuna de Obra periodística. Volumen 1. Textos costeros, de Gabriel García Márquez, que reúne artículos publicados por éste entre 1948 y 1952, tiene como finalidad inequívoca apoyar el lanzamiento de la última novela del colombiano, aportando nuevos elementos al proceso de mitificación del mismo: el libro es presentado con el aparato propio de un clásico, lo que, grotescamente, lleva al preparador de la edición a hacer cábalas sobre pretendidos enigmas, que hubieran podido ser aclarados con una simple llamada telefónica al autor de Cien años de soledad. Al margen, no obs-

tante, de esta finalidad manifiesta, el presente libro puede servir exactamente para lo contrario de lo que se pretende a su respecto. Quiero decir, para desmitificar a un escritor de segunda fila, que, para vergüenza de todos, ha llegado a ser calificado de superior a Cervantes, sin que nadie protestara del abuso.

En efecto, los textos aquí reunidos nos muestran a García Márquez al desnudo, por así decir, y permiten sacar conclusiones sobre sus límites y sobre la manipulación que intenta borrar éstos. Y es que estos artículos, que hubieran podido ser firmados por cualquiera de los plumíferos que practican esa aberración

llamada periodismo literario, sacan a luz de algún modo los fundamentos estéticos del arte m a d u r o de G. G. M., probando que éste no hace sino seguir esa tradición rancidamente hispánica, que pretende ocultar tanto la carencia de ideas como la falta de capacidad para explorar las zonas aún ignotas de nuestra condición mediante hojarasca retórica, mediante una palabrería que —teóricamente— sólo tendría que impresionar a subdesarrollados culturalmente.

El caso García Márquez es muy semejante al caso Neruda. En los dos, un escritor inequívocamente menor, que vehicula alimentos cul-

turales predigeridos y signados por el kistch, es elevado a la condición de líder espiritual de Latinoamérica. Elevar la voz para mostrar la confusión que con ello se acarrea a muchos, es, como prueban las afirmaciones no atendidas de Juan Ramón Jiménez sobre Neruda, empresa vana. Pero, vana o no, se trata de una empresa que la probidad intelectual torna necesaria.



Escribe
Juanjo
FERNANDEZ

A TRAVES DE LA NOCHE

EL Morand-expres ha llegado a la lengua castellana: acaba de publicarse «Ouvert la nuit» —traducido como «La noche es larga»—, una de las obras más celebradas y conocidas de Paul Morand, autor que vuelve a estar de moda.

Ojalá este libro también vuelva a poner de moda disfrutar de la noche, saludable costumbre que últimamente sólo practicamos empedernidos noctámbulos y algunos navajeros.

LAS barcelonesas Ediciones del Cotal, de tan atractivo catálogo para lectores de narrativa, han publicado una bonita edición de esta obra de Morand. Consiste en ocho relatos, brillante panorámica de la festiva Europa de los años veinte. O, mejor dicho, de una parte de los europeos: los que tenían pasta; para los otros, la noche era un poco menos brillante, a menudo mero descanso entre dos jornadas laborables. Pero no agüemos la fiesta.

NOCHE ESTELAR

PORQUE si la noche es un país pequeño, donde todo es posible, la geografía de Morand es innegablemente cosmopolita: noche catalana, noche turca, noche escocesa, romana, parisiense (en un velódromo donde se disputan los seis días ciclistas), noche húngara, noche dalmata y noche nórdica. ¿Temática? Ni más ni menos que esas actividades nocturnas tan gratas: conocer chicas, encontrar amigos y conocidos, deambular de un bar a otro, cosechar fracasos y éxitos amorosos, beber, fumar y esnifar, música, contarse la vida de madrugada y soñar que las ciudades amanecen distintas. La noche, siempre igual a sí misma, siempre, siempre.

NOCHE ADENTRO

HAY variantes, claro: ahí está ese diálogo, en página 15, cuando a un protagonista le reprochan que no asista ya a ninguna fiesta:

- Sin embargo, salgo cada noche.
- ¿En qué mundo?
- En el mundo del dormir.

ALBA

PERO lo que define la noche es el salir. La noche en casa no es tal: es un muermo en zapatillas. Aunque las noches

de Morand se saldan, paradójicamente, con estrepitosos fracasos amorosos y alguna tragedia.

Menos una, la noche parisina, por cierto la más divertida (¿chovinismo?). Y menos otra, la noche dalmata, la única escrita en tercera persona, cuyo tema, un cambio de sexo, poco tiene que ver con la noche (¿quién iba a sospechar, en 1925, el actual boom de travestis y transexuales?). Cabe añadir que la topografía de estas noches es algo borrosa: al lector catalán le costará reconocer la fantástica geografía de Barcelona, del primer relato. Qué más da, no obstante, la nomenclatura en este mundo de sombras, luz artificial, contraluces y brumas ebrias.

NEGRA NOCHE

LA derrota amorosa no impide que la noche sea festiva, noche a todo tren: bares, coches de verdad (no las imitaciones actuales), trenes de primera clase, hoteles y villas lujosas... los gastos no importan. La noche es joven si es opulenta. Sin embargo, Morand no edulcora la noche: en algunos relatos aparece sin disimulos una Europa difícil: una viuda anarquista que pone bombas en la agitada Barcelona de los veinte; aristócratas rusas exiliadas que tienen que trabajar de camareras en una Constantinopla sometida a toque de queda; una muchacha judía que es asesinada en Budapest por ese antisemitismo que luego llevarían a la apoteosis del horror los nazis (con lo que, por cierto, Morand colaboraría levemente durante la ocupación de Francia)...

NOCHE DE GUARDIA

MAGNIFICA la pintura de una Barcelona donde la Semana Trágica, las huelgas de 1917 y 1919, y el salvajismo represivo de Martínez Anido en 1920-22, se resumen

en un convulso párrafo: «... si el viajero no lee los periódicos e ignora la inminencia de una huelga, experimenta la sorpresa de ver, desde las ventanas de su hotel, a la Guardia Civil con sus correajes amarillos, emboscada en las esquinas, al acecho del obrero sindicado que no tarda en presentarse. La ciudad, insolente ayer bajo su eléctrica diadema, repartidora de limosnas para el resto de España, amanece vacía como el Santo Sepulcro al tercer día. La población civil se dirige al trabajo, encañonada por los fusiles de los mercenarios. Se suspenden las garantías constitucionales, y una policía de sicarios escarba esos suburbios nuestros, que huelen a hueso quemado, a esencia de fosa y laca. Todo se desarrolla entonces siguiendo un orden detestable. Se declara la incompetencia de las autoridades civiles, se proclama el estado de sitio por orden de un telegrama procedente, según dicen, de Madrid, aunque en realidad el gobernador siempre lo haya guardado en su despacho, el poder pasa a manos de los seres más retrasados que puedan existir en el mundo, a excepción quizá de algunos gobernadores de los confines del Cáucaso. La artillería ocupa las plazas, las ametralladoras los monumentos; la tropa dispara sin previo aviso. Detienen a domicilio, registran incluso de noche. Juzgan sin abogados ni testigos, la lectura de las declaraciones es una parodia de justicia. Y al fin, de madrugada, en los fosos del castillo, asesinan. Se acabó: pasarán cincuenta años antes de que se desvele la verdad.»

IMAGINARIAS PARA ESTA NOCHE

COMO se ve, si la noche es eternamente idéntica, España no lo es menos. Ciertamente Barcelona ha ejercido una gran fascinación sobre los escritores franceses: basta pensar, sin ir más lejos, en el *Journal du voleur*, de Jean Genet, o *La Marge*, de Pleyre de Mandiargues, Fascinación ayer y hoy: el joven periodista Jean François Fogel, precisamente autor de la mejor biografía de Morand, escribió en 1976 un antológico reportaje en *Liberación* sobre «Le tumulte catalán», demostrando, por cierto, más olfato y estilo que la Prensa española.

MEDIANOCHE

HAY que decir algo sobre la traducción y el autor. Ha hecho falta todo el reconocido genio como traductor de Josep Elias, para verter a un castellano mínimamente legible la difícil prosa-exprés de Morand. Las dificultades se resumen bien en el título, donde «Ouvert la nuit» se convierte en un «Larga es la noche» de eco anglosajón (fifty, a lo Scott Fitzgerald; fifty, a lo Chandler). ¿Porque no «La noche abierta», más ajustado al contenido?

En cuanto al autor, la bibliografía incluida en el libro y un artículo publicado hace poco en estas páginas, ahorran más comentario. Señalemos sólo que injustamente se le calificó como «frívolo», y que en nombre de ello se le marginó de la sociedad literaria y sus balances, pese a que en 1969 entró en la Academia Francesa. Quizá le envidiaban la buena vida que se pegaba: en una foto le vemos al volante de un Bugatti, el riñen ne va a plus automovilístico de los años treinta; y en otra, de los años cincuenta, al volante de un Mercedes 300 SL, también lo mejorcito de la época. Coches, castillos y viajes: la vida padre, vamos. Pero no puede decirse que su literatura estuviera en contradicción con su vida.

ALBORADA

UNA vida de cuando la burguesía aprovechaba su riqueza, sabía pasárselo a lo grande; pero también de cuando hasta la gente que no tenía dinero procuraba disfrutar de las noches y de los días.

¿Todo tiempo pasado fue mejor? Ahora que todo conspira para enclaustrarnos en casa, atados y bien atados a los horrores de la familia, la tele, el video, el equipo de alta fidelidad, la gastronomía y otras drogas domésticas (o sea, que domestican), puede aprovecharse, al menos, el enclaustramiento para leer este libro. Quizá por la nostalgia vuelvan las ganas de salir a la calle, el impulso de volver a la aventura nocturna.



MIRADOR

SEGUNDA EXPOSICION SURREALISTA EN CANARIAS

POR todos los estudiosos del tema es reconocida la importancia —y la excepcionalidad— de la Exposición Internacional del Surrealismo, que se celebró en Santa Cruz de Tenerife, en 1935. Ahí existía entonces una activa facción surrealista española, por decirlo con la expresión de Pérez Minik. Facción en la que militaban Oscar Domínguez, Agustín Espinosa, Eduardo Westerdahl, Domingo López Torres, Emeterio Gutiérrez Albelo, Juan Ismael, los hermanos de la Rosa, el propio Domingo Pérez Minik...

El mejor testimonio de la actividad de todo aquel grupo, luego dispersado por la historia y la muerte, es la revista *Gaceta de arte*, de la que Turner y Topos-Verlag anuncian una próxima reedición. Y el cónit de la actividad de *Gaceta de arte* lo marcó de alguna manera la Exposición Internacional, a cuya apertura asistieron André y Jacqueline Breton, acompañados por el fiel Benjamin Peret.

No en Tenerife, sino en Las Palmas, se acaba de inaugurar, en recuerdo de aquel acontecimiento, la Segunda Exposición Surrealista en Canarias. Sus organizadores son Fernando Mignoni y César Manrique, que han contado con la colaboración de numerosas instituciones insulares. Lugares de exposición: la Casa de Colón y la Galería Vegueta.

En la muestra participan treinta nombres: tanto artistas que figuraron en la de 1935, como otros que a juicio de los organizadores evidencian la continuidad, si no de la letra, sí del espíritu surrealista. Esto es, desde los Arp, Picalia, Delvaux, Margritte, Max Ernst, Masson, Chirico, Tanguy, hasta Ramiro Tapia, Fraile, Zush o Pepe Dámaso. Todos representados por obras significativas. En el catálogo, se publican textos de Westerdahl, Pérez Minik y José Miguel Ullán, además de fragmentos poéticos tomados de Novalis, Larrea, Huidobro, Rimbaud, Peret, Breton, César Moro, Elnard, Lezama, Ciriote, entre otros.

El alcalde de Las Palmas, el escritor (vinculado a aquellas vanguardias) Juan Rodríguez Doreste, ha dicho que esta exposición es más importante aún que la de 1935. Sin llegar a tales extremos —entre otras cosas porque en 1981 el surrealismo no tiene ni la vigencia ni la presencia real que tenía en 1935, y si no ahí están sus supuestos representantes últimos para demostrarlo—, lo que sí cabe decir es que la muestra, sobre todo en su aspecto histórico, es excelente; y que deseamos verla pronto en Madrid.

PICASSO, EN GRANADA

Exposición de grabados de Picasso en la Galería Laguada. Catálogo con textos de Gertrude Stein, reproducido de *Retratos de todo el mundo*.

TAPIES, EN MADRID

Inauguración de una exposición individual de Tapiés, en la Galería Rayuela, y conmemorando el décimo aniversario de ésta. Simultáneamente, presentación del libro *Conversaciones con Tapiés*, de Miguel Fernández-Braso.

SIMEÓN SAIZ RUIZ Y SUS CUADROS AMERICANOS

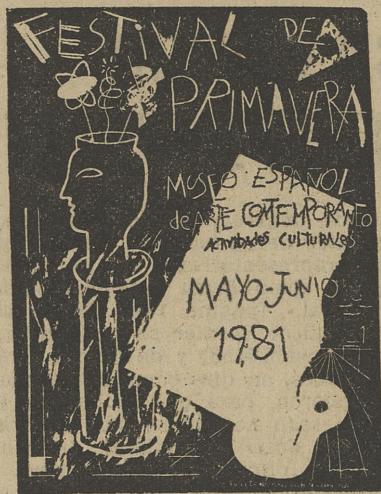
Auto-presentado («Mis cuadros de América»), el último Simeón Saiz Ruiz. Simeón —que así se firmaba cuando su exposición de Edurne— es un pintor que ya domina sus medios expresivos. En esta muestra, le vemos dudar aun entre distintos modelos culturales; pero, en definitiva, es el americano el que se impone. Dos orientaciones básicas conviven: por una parte, un cierto trabajo post-minimal (patente en la serie de lienzos colocados en una de las esquinas de la galería, con una disposición que podría recordar a un cierto Kelly), y por otra, un trabajo mucho más «matérico», de pintura gruesa, aunque de colores igualmente vivos. Una exposición interesante, pero que deja la impresión de un cierto lío interno, aun sin resolver, sobre todo en los cuadros...

ALEJANDRO HENNET

Retirado en Arcos de la Frontera, este joven pintor austriaco lleva ya un cierto tiempo trabajando en papeles sobre esquemas igualmente post-minimal. Aunque le genealogía de sus cuadros tal vez sea más europea que estrictamente minimal, el efecto producido es similar: estructuras primarias, en contradicción o, al menos, juego con colores. Y es el color el elemento plástico que Hennet mejor domina: colores sordos, azules, rojos oscuros, marrones, grises... Un buen comienzo que reclama ya mayores ambiciones compositivas y, tal vez, el paso decisivo del lienzo.

FESTIVAL DE PRIMAVERA EN EL MEAC

Como ya decíamos la semana pasada, en el Museo Español de Arte Contemporáneo se está celebrando el Festival de Primavera. Reproducimos aquí el cartel del mismo, obra de Guillermo Pérez Villalta.



MANUEL QUEJIDO

Escribe Santos AMESTOY

CASI al final de la temporada, en la galería Central, una de las exposiciones más interesantes del 81-80, la de Manuel Quejido viene, como la de Broto en la misma galería, a mostrar un segundo paso más allá dado desde que la operación «pintura de los 80», arte de la posvanguardia, «federales» o como quiera la promoción y la contrapromoción llamar al conjunto de pintores que han venido a alegrar el panorama español en la frontera entre dos décadas.

Difficil ha puesto el seguimiento a sus contemporáneos epígonos este pintor que parecía haber consagrado una fórmula muy eficaz. Tienden aquéllos a confundir lo que es sistema con alguna de sus formulaciones. Esto es algo que puede tenerse por axioma general y particularmente subrayable en el caso de los epígonos de estos pintores es deliberadamente sistemáticos, según el principio formulado por Pleyne (y expresamente unido al acompañamiento teórico de la aparición de estos pintores en nuestra escena) de oposición entre el cuadro y la pintura, en la que, si aquél es símbolo significativo de un significado que es el mundo, ésta resulta ser «escritura», transformación, producción, método de lectura. Añádase la imagen deliziana de la «superficie» (en la que flota el pensamiento, reverbera el símbolo y emergen las ideas primeras) a esta pintura que se entretiene en la variedad del campo significativo y sus posibilidades sistemáticas y se hará posible justificar la recuperación material del cuadro, y, en consecuencia, de los materiales de la pintura. Tout court: no piense «este cuadro»; diga «pintura». A continuación, recuerde que ya puede interpretar aquella saludable voz de orden que se dio a sí mismo el conjunto de estos jóvenes pintores y críticos: «El placer de la pintura». Los epígonos, y comienzan a ser legión los de estos artistas, confunden estos placeres con otros menos intensos, como quien confunde el colorismo con los colorines.

Quejido señala en su exposición, con dos cuadros —a la vez anuncio— el paso del 80 al 81. El dibujo de la cifra del año en curso ha sido pintado con el color que en este caso es el

negro del dibujo. Y uno y otro son el positivo y el negativo entre sí. Negro y blanco de la escritura en la pintura. También, corte de manga a los imitadores que creen a todo el campo de color parchis y que antes de oír hablar del placer de la pintura no tuvieron noticia de su antecedente, «el placer del texto».

No menos errados andan los detractores de Quejido que le pretenden pintar de cosas «dejá vues». La repetición de lo ya visto (esto es mero Freud), que a los epígonos producía sensaciones de acaramelado confort, horroriza a los detractores del «federal» Quejido. Quieren ver una vuelta a Matisse, cruzado con Cézanne, algo de Picasso,

Monet y un largo etcétera, como se suele decir, incapaces de seguir la lectura oblicua que Manuel Quejido pinta. Y en la que se empeña (José Luis Brea hace bien en señalar en su ensayo del catálogo el peso de fría racionalidad que pesa en esta pintura por debajo del calor cromático) con rigor de pintor analítico.

Vea el aficionado, por placer, esta exposición en la que madura uno de los «ochentas», de la rama más ortodoxa y directamente matisiana (otras ramas posibles: la post-Hokney, la abstracta americana, sector Motherwell-De Kooning...) y se hace pintor de mayores recursos y atrevimientos. Tampoco se niegue el riesgo que alguno de los cuadros de Manuel Quejido parecen bordear, si estiran la fórmula de Matisse «dibujar con el color»: que la «pintura» no traspase la frontera del «dibujo», por más que sea de color.



Escribe J. L. G.

ENRIQUE SORDO Y LA COCINA ESPAÑOLA

A CABO de leer —muy complacidamente por cierto— un libro de gastronomía. Un libro escrito por un poeta de aquel grupo santanderino —el de la revista «Proel» de la posguerra: Hierro, Maruri, Hidalgo...— sobre el que se cifraron tantas esperanzas y en cuyas ediciones todos publicaron sus primeros libros. «La prometida tierra» era uno de aquellos libros, y su autor, que es el poeta a quien me refiero, Enrique Sordo Lamadrid. Este Enrique Sordo, santanderino de San Vicente de la Barquera, dejaría luego su tierra —y, por consiguiente, el grupo, y no sé si la poesía— para instalarse en Córdoba y, posteriormente, en Barcelona.

No se le conocen más libros de poemas, aunque seguramente los escribe. Pero su vinculación con la literatura y con el mundo editorial barcelonés han sido y son manifiestos. Y ahí están sus libros de ensayo, sus biografías, su actividad crítica desde muy varias tribunas. Y sus traducciones de grandes obras literarias. Es además, desde hace años, secretario general de la Asociación Española de Críticos Literarios y secretario de los premios de la Crítica.

El inesperado libro que acaba de publicar ahora resulta que no es tan inesperado. Tenía su precedente, que yo desconocía: «El

arte de comer en España», otro libro perdido en la bibliografía de Enrique Sordo sobre el que se basa —o donde están los orígenes— de éste que se titula «Cómo conocer la cocina española». Un poeta, sí, pero un poeta experto en el buen yantar y en curiosidades culinarias al que la literatura gastronómica —desde la Pardo Bazán, Julio Camba y el doctor Marañón hasta Josep Pla, Cunqueiro, Nestor Luján y Joan Peruchó, entre otros— no le es en absoluto ajena. Porque en este reencuentro con la cocina popular española, que no es otra la finalidad del nuevo libro de Sordo, otros llevarán de la mano los sabios en estos menes-

teres del arte coquinario, los beneméritos en el propio lugar o en el propio marco y atentos exploradores que antes penetraron en ellos, añadiendo al guiso unos adarques de nuestra particular visión. En la introducción o prólogo que el libro lleva, Enrique Sordo —además de mostrarnos su buena prosa: la prosa de un poeta siempre es buena— nos habla de la comida y la historia, advirtiéndonos que «en España hay platos de cocinas regionales o comarcales que no son menos curiosos ni menos históricos que una medalla, un arma o un viejo sepulcro». Y citando a Marañón en su «Ensayo apoloético de la cocina española», asegura que las cocinas española e italiana, a diferencia de la francesa —ese «puro, aunque maravilloso, artificio», según el maestro Savarin—, «conservan siempre su sentido empírico y el sabor natural de lo que está cerca de los sentidos».

En la caracterización de la comida española, Enrique Sordo señala, entre otras muchas cosas, que «los platos típicos españoles tienen siempre un origen rural o marineros». Y nos habla de sus experiencias personales —algunas de esos instantes vividos por mí, dice— como degustador de platos populares

donde se produce la materia prima, citándonos hasta simples, pero succulentas, meriendas en su deambular por los caminos de España. Al hablarnos de la raíz clásica de la cocina española se lamenta de que nuestra cocina típica nacional, a la que tantas páginas dedicaron Cervantes en el «Quijote» y Francisco Delicado en «La lozana andaluza», de la que cita un largo parlamento de Aldonza, sea una cocina que «anda menesterosa de divulgación». Luego nos introduce en la geografía gastronómica de España, para acabar con los platos sin fronteras, es decir, los que son comunes a todas las regiones.

Y a partir de aquí realiza su recorrido por cada una de las regiones, con mención de pueblos y comarcas, con una muy completa relación de esos guisos regionales, con sus correspondientes recetas, la mayoría obtenidas en el propio lugar originario del guiso. Se complementa el libro, cuya utilidad puede advertirse, con sendas copiosas tablas de vinos nacionales y sus características y de quesos españoles descritos con el mayor detalle en otro recorrido por la geografía regional de nuestro país.

Escribe

J. Antonio UGALDE

CIORÁN O LA AMARGURA DE EXISTIR

EL último libro de Ciorán recién traducido al castellano (1) fue publicado en la Editorial Gallimard, de París, en 1973, con el título «De l'inconvenient d'être né».

Está compuesto por poco más o menos un millar de aforismos de cautivadora machaconería, en los que Ciorán confiesa su nula aceptación de la afrenta de haber nacido.

Lo que más inquieta del escritor rumano es su insistencia, la inmensa cantidad de originales y subyugadoras intuiciones que su mente es capaz de albergar y expresar en venganza contra la existencia.

Sileno redivivo, Ciorán es el mayor enemigo público existente y, sin embargo, ahí está, suelto, sintiéndose libre (aunque sabe que no lo es), tan campante, mientras casi todo el mundo persigue o se siente perseguido por alguien.

DEL inconveniente de haber nacido es una fragmentada colección de pensamientos; fulgurantes e instantáneos unos, rastreados con paciencia otros, y muchos de ellos opuestos entre sí como los valvenes anímicos de los que son fruto. Sin embargo, esta dispersa escritura, que sería iluso organizar sistemáticamente y que aquí sólo recibirá la ordenación propia de una lectura subjetiva, arroja al final la impresión de ser una esfera, pulida y brillante, en la que cada lector podrá verse a sí mismo reflejado como en un espejo que hubiera sido azogado antes de la creación del universo.

En esa esfera de pensamientos expresa Ciorán un solo anhelo, dirigido precisamente hacia lo único que no posee: la inexistencia, la no-natidad. El escritor añora la anterioridad de su propio nacimiento y de todos los nacimientos y, en diversas ocasiones, la designa y alaba: siesta de los elementos, éxtasis embrionario, eternidad veleidosa, plenitud irrealizada, eterna virtualidad.

Habiendo arruinado la inconsciencia que la vida exige perentoriamente para poder sentir sus ilusiones —En relación a cualquier acto de la vida, el espíritu tiene el papel de aguafiesta—, Ciorán se entrega a su apabullante lucidez sin poder por ello alcanzar la serenidad: Nadie como yo ha estado persuadido de la «utilidad de todo, nadie tampoco ha tomado tan a lo trágico tal cantidad de cosas fútiles. Hastiado insatisfecho de su hastío, lúcido harto de su precisa conciencia, Ciorán, alternativamente, refunfuña y afirma su situación. Pese a su íntimo acuerdo con Euda se sabe incapaz de alcanzar la ataraxia o el nirvana y se duele de ello: La desgracia de ser incapaz de alcanzar estados neutros no siendo mediante la reflexión y un gran esfuerzo. Lo que un

idiota alcanza de entrada a uno le cuesta luchar día y noche para conseguirlo y aún así por pasos contados.

IDIOSINCRASIA PREDESTINADA

LAS vivencias de Ciorán constituyen, como resulta evidente, aquello mismo de lo que la mayoría de los mortales pretenden escapar, las antipodas de lo que se tiene comúnmente por felicidad. Pero Ciorán no sabría vibrar fuera de esa tensión dolorosa que le mantiene prisionero y ante la cual el resto de las experiencias se le aparecen insípidas y accesorias. Sólo el humor dulcifica la crudeza de muchas de sus sentencias que parecen concebidas a imitación del bastonazo iluminador del sabio hindú o cínico.

En un expresivo aforismo dice Ciorán: Mi misión es sufrir por todos aquellos que sufren «sin saberlo». Tengo que pagar por ellos, expiar su inconsciencia, la suerte de ignorar hasta qué punto son desgraciados. El sentimiento de predestinación que revela esta última sentencia se ve confirmado en otras: El desapego no se aprende: está inscrito en una civilización. No se tiende hacia él, se le descubre en uno mismo; y, más adelante: Creo, como ese loco de Calvino, que estamos predestinados a la salvación o a la condenación desde el vientre materno.

Ciorán es, así, el máximo heredero de aquella antiquísima estirpe de hombres que, marcados por su destino, abrazan la misión de denigrar la existencia y demantelar la vida mostrando su sustancia de paréntesis fugaz y aberrante. Escavo de una herida metafísica que sabe que no cicatrizará jamás, Ciorán traslada su malestar individual a un malestar cosmológico: lo que es abajo es arriba. En con-

secuencia, el mundo es irreal, sombra quimérica, acumulación precaria de apariencias: Se podría imaginar a los elementos cansados de repetir un tema trasnochado, asqueados de las mismas combinaciones de siempre, sin variación ni sorpresa, buscando alguna diversión: la vida sólo sería una disgresión, una anécdota. La vida sería una tara de la materia aburrida y, a su vez, la conciencia sería una tara, la más desastrosa, de la vida. El clan en el que Ciorán se inscribe no se siente conforme con una existencia basada en las meras apariencias y como en la tierra no hay nada distinto a las apariencias, se debaten en el gusto por lo insoluble, muestran avidez por el callejón sin salida y no se reconocen sino en el fracaso. En un aforismo imagina Ciorán a sus antepasados de las cavernas temblando ya a merced del tormento metafísico. En otro declara: Toda mi vida he vivido con el sentimiento de haber sido alejado de mi verdadero sitio. Si la expresión «exilio metafísico» tuviera ningún sentido, mi propia existencia se lo daría.

ARTE DE LOS VENENOS

NO ignora Ciorán otros estados de ánimo y otras idiosincrasias vitales. La euforia y la alegría que, en ocasiones, le visitan sin motivo visible o la comprensión de seres capaces de jugar, capaces de minar lo serio por el hecho de existir, le suministran esas otras pistas. Pero a la larga, el dolor —todo gira alrededor del dolor; lo demás es accesorio, inexistente, puesto que sólo recordamos lo que hace daño— y la inanidad —cada vez que algo me parece todavía posible, tengo la impresión de haber sido embrujado— se imponen.



En estas circunstancias, sólo un desengaño definitivo y generalizado podría aspirar a hacer tolerable la existencia: La vida no se tornará soportable más que en el seno de una humanidad a la que no le quede ya ninguna ilusión, una humanidad completamente desengañada y «feliz» de estarlo. Tampoco se le oculta a Ciorán la problemática de esta «felicidad»: Sacudir a las gentes, sacarlas de su sueño a sabiendas de que con ello se comete un crimen, y de que valdría mil veces más dejarlas donde están, puesto que al despertarnos no tenemos nada que proponerles...

Pero no termina aquí esta encrucijada que tiene, al menos, el mérito de ser real y oportuno en estos tiempos que corren y a cuya decadencia rayana en lo irrisorio Ciorán dedica abundantes reflexiones de las que selecciono por lo menos una: Sin la idea de un universo fracasado, el espectáculo de la injusticia bajo todos los regímenes llevaría, incluso a un abúlico, a la camisa de fuerza. Por el contrario, siguiendo su estrategia en zig-zag, la encrucijada retorna. He aquí lo que podrían ser dos nuevos planteamientos en insistencia: El hombre sólo me interesa desde que ya no cree en sí mismo. Mientras se encontraba en pleno auge, sólo merecía indiferencia. Ahora suscita un nuevo sentimiento, una simpatía especial: el horror enternecido. Es una muestra del hábito mágico y tierno con que Ciorán perfuma sus flechazos más crueles. Y aunque reconoce que a veces sólo puede tolerar a su lado a quien se encuentra con el estandarte de las ilusiones por los suelos y lleno de barro, Ciorán no es ningún misántropo. Con esta bella y piadosa sentencia, que no me resisto a transcribir por entero, termino: Habría que repetirse cada día: soy uno de esos que, por millores, se arrastran por la superficie de la tierra. Uno más solamente. Esa banalidad justifica cualquier conclusión, cualquier conducta o acto: libertinaje, castidad, suicidio, trabajo, crimen, pereza o rebeldía.

...De lo que se concluye que cada cual tiene razón en hacer lo que hace.

(1) Del inconveniente de haber nacido. E. M. Ciorán. Editorial Taurus. 187 páginas. Traducido por Esther Seligson.

Escribe

José L. MORENO-RUIZ

FERNANDO SAVATER: EL DESAFIO DEL IMPERTINENTE

DESDE luego, y a propósito del libro último de Fernando Savater, ese «Impertinencias y desafíos», aparecido en excelente pero cara edición de Legasa Literaria, vale afirmar que pocos volúmenes hay con el título tan bien puesto. Ello es así porque, a despecho de actualidades periodísticas, y pese a lo efímero del escrito aparecido en cualquier publicación mensual, o diaria, el autor, por horror de quienes en su día leyeron el artículo de marras, decida la recopilación de esas piezas a fin de convertirlas en libro. Tamaña osadía, ya se sabe, pues no viene al caso —no es prudente— insistir en cuanto se dijera antes. ¡No están los tiempos para impertinencias y desafíos, ni siquiera para andar por ahí diciendo lo que decíamos, soñábamos, o ansiábamos, hace cinco años!

DICE Savater en el prólogo para esta su recopilación de escritos: «Los textos reunidos en este libro pertenecen a lo que suele llamarse, quizá con un punto despectivo, literatura de ocasión. Y ciertamente es la ocasión lo que he buscado ante todo al escribirlos, ese momento oportuno en el que hay que aplicar la fuerza para que sea eficaz al que los griegos llamaron kairós. Si se escribe consciente del tiempo y también contra la vaciedad idéntica y repetitiva del tiempo, es el kairós lo único que cuenta: lo demás es periodismo —es decir, pura celebración del día en cuanto «otro día más»— o poesía.» Y añade: «El secreto del oportunismo y de la inoportunidad de tanto de lo que hoy se escribe en nuestros periódicos puede cifrarse en una sola palabra: cobardía. Por cada uno que pierde su ocasión por torpeza —y tampoco faltan éstos, que jamás logran hacer evidentes sus evidencias y luego se quejan de marginación editorial— hay por lo menos cien que la yerran por falta de coraje. Los que más se lamentan de que la libertad de Prensa tiene sus límites —¡y vaya que sí los tiene!—, a menudo ni siquiera han pretendido explorar hasta dónde se puede ir demasiado lejos. Olvidan que las fronteras de lo permitido se ensanchan desde dentro, empujando.»

Puede el lector, pues, suponer por dónde van los tiros de Savater (los cuales, desde luego, no son los tiros de los buenos). Su elogio a José Bergamín, una de las plumas más impresionantemente bellas y cuerdas de todo el siglo XX español, ya delata a Savater. Bergamín, como es bien sabido, además sigue siendo republicano; aunque eso no amontone sobre sus letras méritos para el reconocimiento público. ¿Nos dirán algún día los jurados del «Cervantes» por qué no le han otorgado tal galardón a Bergamín? Artículos que ya en el momento de su aparición escocieron al mundillo cultural y al mundo político, aparecen ahora en el cuadro de honor que un libro supone. Contumaz que es el chico. ¿Acaso no se ha dado cuenta Savater de que los buenos son Jiménez Losantos, Giménez Caballero, Alberto Cardín, Pedro J. Ramírez, Amando de Miguel y pensadores por el estilo? ¿Acaso no se ha dado cuenta de que hoy, quienes hace unos años le consideraban ácrata de los simpáticos, de los «lúdicos», que son los ácratas buenos, le consideran un ultraquierdista, un quemafrailes? Parece que no: «Un liberal de los de ahora, por ejemplo, comprenderá muy bien las razones de un firme capitán de industria como Olarra y muy requetemañal las de los «secuestradores» del

comité de empresa, que además tienen la desfachatez de no respetar las manipulaciones «representativas» de las grandes centrales, como haría cualquier sindicalista liberal.» (página 114.) Parece claro el diagnóstico: Savater se halla aquejado de irresponsabilidad; y de utopía. Graves males ambos, en días como los presentes, que requieren, para que el hombre y la mujer lo sean con todos sus «derechos» respetados, dosis de realidad; tremendas dosis de lo oficial, en una palabra. No contento con volverle espaldas a la realidad, encima, cuando un nutridísimo, multitudinario grupo de intelectuales, profesores y demás, honestos profesionales de las letras y de la enseñanza, precisamente hoy libran dura batalla contra las lenguas opresoras del castellano, recoge ahora, en el volumen objeto de reseña, lo que tiempo atrás escribiera: «¿O es que alguien cree sinceramente que el verdadero problema cultural de nuestro país es la persecución que sufre el castellano por el euskera y el catalán? ¿O el acoso de la España eterna por los demonios familiares del separatismo? Pura invención criptofascista de la realidad, tal como la de quien dice que el socialismo acabará con la ópera, o la señora que, al día siguiente de ser elegido Tierno alcalde de Madrid, clamaba por un retraso del autobús.» (Página 105.) Y no se pierdan esta pieza, lectores: «UCD tenía a Javier Tusell en la historia, a Bárbara Rey en lo musloso y ahora a Jiménez Losantos & Co. en lo literario —túmulo— patrioterio —unitario— esencial —eterno. Pues nada, suerte, vista y al toro, al que quizá todavía no le faltan pitones, crean lo que crean los interesados en hacerlo buey de una vez por todas.»

Titulos como «De la tortura, la seguridad y el Estado», «La luz en los ojos», «Teoría del nacionalismo performativo», «Nacionalismo y violencia en Euskadi»,

«Del uso, abuso y desconcierto de la cultura», «Osadía clerical», «Del infierno y del cielo», «La piedad peligrosa» y «El caso Althusser», por citar algunos de entre esos escritos que levantaron ronchas a los bien pensantes, han alcanzado ya la categoría de capítulos en un libro. ¡Y es que hay gente con una concepción de la cultura! ¡Con lo hermoso que es un título tal que éste: «Lo que queda de España!» O este otro: «Los intelectuales bonitos.»

Stevenson, Clastres, Groucho, King-Kong y hasta Bogart, en un apartado del libro, titulado «Elogios», reciben profundas declaraciones de amor por parte de Fernando Savater. Demasiado, ¿no? ¡En vez de recomendar la lectura de «Diccionario para un macuto» o de «Genio de España», que son la moda, la actualidad...!

En fin; no obstante lo anteriormente señalado, uno, el arriba firmante, que se considera, y que sobre todo quiere serlo, un malo de la película, recomienda a todos los malos, o a quienes tengan esa muy noble aspiración de serlo, la lectura de «Impertinencias y desafíos». A los malos, porque aprenderán a serlo un poco más; pues sin duda hallarán alientos que les son propios en el texto de Savater, y semejante constatación resulta saludable. A quienes aspiran a malos, porque encontrarán en este libro recomendado un muy excelente manual de perfecciones. Veamos el porqué: «Impertinencias, pues, y desafíos. Impertinencias porque mantienen la denuncia de la no reconciliación —y su exigencia ética y política— allí donde los oportunistas lo dan todo por reconciliado y los inoportunos fatalistas postulan la necesidad irreconciliable. Desafíos también, pues provocan a quienes se creen curados de espanto porque siguen empeñados en la pedagógica tarea de patentar sedantes antipavóricos» (Fernando Savater, en el prólogo.)